



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Saatos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, A. Bermejo, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Biasco, Borell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Canovas del Castillo, Castro y Sarrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazarri, Carvino, Cheste (conde de), Collado, Cortina Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comaño, Cañamaque, Calcaño, Dacarreta, Diaz (José María) Diaz Poroz, Durán, Duque de Rivas, Echevarría, (J. A.) Espin y Guillén, Estrada, Echevaray, Epailaz, Escobedo, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Feroandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figueroa—Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galdames, Galdames (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Girón, Gomez Martin, Güel y Renta, Gualbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Triarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Luca, Mallata, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lloriente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Molina (D. Tristan), Morelo, Montesinos, Molins (Marques de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastrea, Pascual (D. Agustín) Perez Gallo, Perez Lirio, Pi Margall, Puy Rinoso, Reyes, Rosillo, Rios Rosas, Rivera, Rivas, Rivas, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Risa y Gonzalez, Ros (de Olan), Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvaor de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Señovia Sarrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Comborain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales

Madrid 13 de Febrero de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—Los partidos políticos, por Tomás Rodríguez Pinilla.—El Arte de la guerra, por Manuel Magraner.—La Odalisca (cuento oriental), por José de Siles.—La Unión Hispano-Americana (continuación), por Ramón de Sanjuán.—Leyendas Muñárabes, la batalla de Alkandech, por Tomás Rodríguez Pinilla.—El Movimiento religioso en Europa y América, por Nicolás Díaz y Pérez.—La Cruz de la ermita (conclusión), por José Alvarez Sierra.—La Cuerda de Cánamo (continuación), por Francisco Martín Arrúe.—Conferencia del Meridiano, por ***.—El Análisis espectral del sistema planetario, por Daniel Segado Ochoa.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

El debate parlamentario, que en una ú otra forma viene ocupando al Congreso desde la reapertura de sus sesiones, ha tomado nuevo calor y nueva vida en los últimos días.

Primero, el discurso del Sr. Montero Ríos, de decidida oposición al Gabinete, ha defraudado las esperanzas de los conservadores, que esperaban ingenuamente que se limitaría á atacar al partido fusionista; por el contrario, el ilustre Ministro de Gracia y Justicia de la Revolución de Setiembre: hizo de ésta y de su amplio sentido jurídico tan acabada defensa, que todos los liberales sin excepción la han aplaudido, comprendiendo que en aquélla está lo que une, y á ella hay que volver la vista, apartándola de las miserias actuales, que son las que dividen.

Después del discurso del Sr. Montero, ha tenido excepcional importancia el del Sr. Sánchez Bedoya, que perteneciendo al partido conservador, y siendo uno de los personalmente adictos al Sr. Cánovas, no ha vacilado en levantar su voz en defensa del sentido expansivo del partido en su primera etapa, sentido hoy completamente extraviado con la preponde-

rancia que en aquél ha tomado el Sr. Pidal. Este discurso, sin revelar en su autor excepcionales condiciones de hombre de Parlamento, ha hecho todavía más daño al Gobierno por la actitud reservada que adoptó desde luego la mayoría, demostrando la existencia en ella de corrientes encontradas, que á ser otras las condiciones de nuestro sistema parlamentario, dieran al traste con la existencia del Gobierno.

El discurso del Sr. Canalejas no fué menos notable; el exSubsecretario de la Presidencia se dedicó á demostrar el daño que en la Administración de justicia está infiriendo el señor Silvela con su excepticismo y su indiferencia, que le llevan á autorizar actos como el cambio de Magistrado de la Audiencia de Lerma, que dió por resultado una escandalosa sentencia absolutoria.

Finalmente, el Sr. Castelar ha hecho un discurso tan grande como los suyos, y de tan dura oposición al Gobierno, que por la resonancia que tiene en España y fuera todo lo que dice el ilustre tribuno, ha aumentado las dificultades con que lucha este Gobierno.

Todas las noticias extranjeras se reducen á una:

Jartum se ha rendido.

Váase el parte de Sir Stuart Wortley que acompañaba á Sir Carlos Wilson á Jartum:

«Llegamos el día 28 de Enero ante Jartum, después de haber resistido violento fuego al pasar por Halsiyeh, Tutti y Omdurman. Al llegar frente á Jartum, fuimos acogidos dos con un fuego nutridísimo de fusilería y artillería, que nos impidió desembarcar, obligándonos á descender el río. En las torres del Palacio del Gobernador no flotaba ninguna bandera y el edificio parecía envuelto en rui-

nas. No tuvimos más que un muerto y cinco heridos á bordo de los vapores.

«El vapor en el cual iba Sir Carlos Wilson y su Estado Mayor, naufragó el 31 de Enero, á cuatro millas de las posesiones del enemigo, fuera de la catarata de Shablecka. Otro vapor había naufragado el día 29. Nosotros llegamos á Gubat, á bordo de pequeñas embarcaciones, á las dos de la tarde del mismo día.

«La toma de Jartum debió acontecer el 26 de Enero, pero se desconoce por completo la suerte de Gordon; es opinión general que ha sido asesinado; pero nada cierto se sabe respecto al particular. Dicen algunos que se halla encerrado con los griegos, en una iglesia de Jartum.

«La toma de esta población ha decidido á las tribus de Shakriyeh, á reunirse al Mahdi, de suerte que ambas orillas del Nilo nos son hostiles.

«El miedo á los ingleses es grande entre los naturales, que esperan la llegada del General Earle.

«Los naturales dicen que el Mahdi carece de municiones en Omdurman, y que á duras penas podrá persuadir á sus Generales á que nos ataquen.

«Un mensajero del Mahdi se dirigió á Sir Carlos Wilson el día 29, diciéndole que Gordon había adoptado el uniforme del Mahdi, y nos invitaba a rendirnos, añadiendo que nada más nos decía; pero que si no consentíamos en hacernos mahometanos, nos exterminaría por completo.

«Dícese que Faraz Bajá se ha entendido con el Mahdi, y que ha franqueado las puertas de la población á las tropas enemigas.

«Wolsely dice que la escolta de Talbat aguardó por fortuna en Gubat, habiendo dejado Gakdul el 27 de Enero.

»Los enemigos hicieron vivo fuego el día 28 en Metammeh; seguramente tuvieron noticia de la toma de Jartum; pero luego no han demostrado grande actividad. Las fuerzas que hay en Metammeh ascienden, según cálculos, á 2 ó 3.000 hombres, entre los cuales hay 250 jinetes, y 4.600 armados con cabinas.

»Los soldados están animados y los heridos siguen mejor. Los kabbabish se han comprometido á llevarnos hasta Gakdul. Se han enviado emisarios para informarse de la suerte de Gordon.

»Las tropas en Gakdul continúan bien de salud, y el estado de los heridos es favorable.»

Dicen de Metammeh al *Daily News*, que cinco indígenas que se hallaban en Jartum cuando fué tomada esa plaza, declaran que los rebeldes penetraron en ella gracias á la traición de dos Bajás, á los cuales Gordon había castigado.

Dos de esos indígenas afirman que Gordon ha sido asesinado; los tres restantes dicen que se refugió en una ciudadela con algunas tropas que le fueron fieles, y que era dueño de todas las municiones. Es cierto que la mayor parte de la población está ocupada por los rebeldes.

Según otro despacho dirigido al *Central News*, fechado en Metammeh el 6 de Febrero, Gordon no ha sido hecho prisionero por el Mahdi, sino que ha sucumbido combatiendo.

El corresponsal especial del *Daily News*, cerca del Coronel Wilson, dice que al regresar de Jartum los buques ingleses, fueron detenidos por los árabes, y que el coronel hubo de tratar con los enemigos como si tuviese intención de rendirse.

El Mahdi le mandó decir que Gordon se había convertido al islamismo, y que los oficiales ingleses harían perfectamente siguiendo su ejemplo. El Mahdi no quiere combatir á los ingleses, pero si estos no abrazan la verdadera fe, ninguno de ellos saldrá vivo del Sudán.

Después de la conferencia, como cayó la noche, los dos vapores partieron á toda máquina, pasaron la catarata y llegaron á 60 millas del campo inglés, cuando uno de ellos tropezó contra una roca. El otro, á bordo del cual se había refugiado la tripulación del primero, chocó contra una isla veinte millas más abajo. Sir C. Wilson y los soldados del regimiento Lussex que le acompañaban, permanecieron en aquel sitio, mientras que Stuart Worthley con tres soldados, descendía hasta el campo en una embarcación. El día 6, lord Carlos Beresford, con 20 tiradores elegidos, partió á socorrer á sir Wilson.

El enemigo ocupaba las orillas del río hasta dos millas más allá de Jartum.

Un corresponsal del *Central News* ha tenido una entrevista con sir Enrique Gordon, hermano del defensor de Jartum.

Sir Enrique Gordon cree que la población de Jartum ha sido entregada á los rebeldes por las tropas regulares egipcias, que en el mes de Diciembre último se habían sometido al general Gordon, pasando del campo del Mahdi al interior de Jartum.

Ha dicho además que el mayor defecto de su hermano consistía en confiar demasiado en las personas que le rodeaban.

Sir Enrique Gordon duda que su hermano haya sido muerto por orden del Mahdi, el cual no puede dejar de comprender la ventaja que le da la posesión de un prisionero tan importante, pero que ha podido sucumbir durante la rebelión de las tropas egipcias, que han entregado sin duda la plaza á los rebeldes.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y SUS IDEALES

I

Así como no hay persona humana, si ha de merecer tal nombre, que no tenga delante de sí una perspectiva; es decir, que nos aspire, que no anhele, que no busque algo de lo que bulle en su mente ó en su

fantasía con caracteres de cosa mejor, más bella, más grandiosa, ó más embelesadora que lo que en torno de sí tiene y se agita, tampoco hay secta, tampoco hay partido, ni congregación, ni sociedad que no lleve consigo un ideal.

¿Y qué es un ideal? Pues es esa misma perspectiva, ese *desideratum* de un modo de ser y de proceder y de vivir, ó más holgado, ó más bello, ó más glorioso, mejor, más justo, más congruente, que aquel en que la sociedad se agita, ó desfallece ó se mueve.

Sin esa sorda y continua aspiración, sin ese constante anhelo de cosa mejor, el hombre sería poco más que un autómeta; sería un eslabón más de la cadena animal; la sociedad no extiraría; la tierra sería un perenne lodazal: las palabras *humanidad* y *progreso* no tendrían significación.

Verdad es, que las necesidades estimulan al hombre, y que las pasiones le agitan. Pero hay algo dentro de él, más elevado, más noble, que unas veces le sobrexcita, otras le sostiene, y que constantemente le impele en busca de un horizonte más extenso y más sonriente, de una esfera más amplia, de algo no bien definido, pero indudablemente más grato, más bello, más armonioso y mejor que el horizonte que vislumbra, que la esfera en que se revuelve, que todo lo que ve y que le rodea.

Ese algo dentro de él, ese resorte más fuerte que las necesidades del cuerpo y más perdurable y tenaz que las mismas pasiones... ¿dónde está? ¿qué es? Pues está en su alma, en su espíritu; y es el secreto agente de la vida hominal, y por tanto de la vida social. Resorte inmaterial é incoercible, su imponderable fuerza es la que hace al hombre afrontar el cansancio, las dificultades y los peligros de su continuo trepar por la pendiente arriba de la montaña, empujando la piedra que se derrumba, cuando cree que toca ya en la cumbre; es la misma fuerza que empuja á la humanidad en su ascensión trabajosa por la espiral del progreso.

Quitad al hombre ese resorte... y no tendréis más que un organismo mejor ó peor que el de un cuadrúmano ó un bípedo. Su razón, en tal caso, sería un castigo, y su libre albedrío una sangrienta burla.

Privad de ese objetivo, de ese *desideratum*, de ese ideal á la sociedad, á la secta, al partido... y no tendréis más que una agrupación de individuos, que ni siquiera será capaz de sumar, cuanto menos de multiplicar sus fuerzas.

El ideal no sólo explica la vida, sino que la sostiene; y volvemos á decirlo: la vida del hombre y la vida de toda sociedad. Sin ese sublime anhelo de perfección, sin ese constante y tenaz deseo de mejorarse y de mejorarlo todo, la postración reemplazaría á la vertiginosa actividad del hombre, el cual no habría salido jamás del estado salvaje y embrionario.

Pues del mismo modo, sin un objetivo, sin un alto y bienhechor propósito, sin una aspiración noble y humanitaria, que justifique determinados procedimientos y determinada organización, no hay ni se concibe secta, ni asociación, ni partido alguno.

Arranca todo ideal de ese escondido fuego que arde más ó menos intensamente en el alma de todo hombre; de ese amor vehemente al bien, á lo ordenado y justo, á lo armonioso y bello, á lo bueno en todos sentidos. Que no está reñido el ideal, como afectan creer algunos, con el goce y bienestar material, no; pero es indispensable que ese bienestar se armonice con el general: armonía que deriva de una aspiración más noble, de un origen más alto que el de las concupiscencias de la materia.

Ese latente fuego, ese ardiente amor al bien de que arranca todo ideal, tienen por eso distintas esferas de acción y diversos y variadísimos modos y medios de expresión. Por eso hay muchos ideales.—Trataremos de ellos con referencia á los partidos políticos.—Los hay de bajo vuelo: como el de las golondrinas cuando amenaza temporal. Y los hay también de elevadísimo vuelo: como el de las águilas que se ciernen sobre la nube tormentosa, ó sobre la enhiesta cima de la montaña.

Y tesis que demostraremos: el ideal será más humano, y más poderoso, y de más alcance y más glorioso porvenir, cuanto más levante al hombre, á la secta, al partido, á la sociedad, en una palabra, del suelo y del cieno donde se arrastran pasiones que enervan, preocupaciones que postran y errores que matan. Bien entendido, que ha de ser todo ello sin abandonar la atmósfera terrestre, sin extraviarse por

los espacios imaginarios, sin hacer excursiones á la luna, ni expediciones en busca del Preste Juan.

II

Cuando en nuestro país no se conocían más que *blancos* y *negros*, absolutistas y liberales, el ideal de estos últimos, podría tal vez pecar de vago y no bien definido; pero era grandioso, y abría el pecho á grandes esperanzas.

El de los primeros no merece el nombre de ideal; es más bien una especie de credo á lo musulmán. «No hay más soberano que el Rey; el Papa es su director y los clérigos sus auxiliares.» En este apogeo se podía condensar todo el programa.

El de los liberales era más largo y un poco más difícil de poner en práctica; como que abría al pueblo un horizonte inmenso, que era preciso recorrer, estudiar y cultivar.

La Soberanía encarnaba en la nación.

El Rey no era más que el primer Magistrado, el ejecutor de las leyes, el que debía encauzar la corriente de los otros poderes del Estado, y moderar, si era conveniente, el movimiento de la máquina constitucional.

La nación debía dictar leyes, por medio de sus genuinos representantes, y las provincias y los pueblos habían de ser regidos administrativa y económicamente por corporaciones de su seno, libremente elegidas y periódicamente reemplazadas.

La cualidad de hombre, bastaba para adquirir á su tiempo la de ciudadano.

La ley debía ser una para todos, y todo ciudadano igual ante la ley.

En tan excelentes máximas encarnaba el ideal del partido de los *negros*: ideal de justicia, de dignidad personal y de prosperidad general. La realización, como hemos dicho, era no poco difícil. «La Constitución, decía á su nieto—intimo amigo nuestro—un buen labriego de Castilla la Vieja, contiene cosas bellísimas y buenas á más no poder... pero ¡hijo, si no se cumplen...! El no se explicaba el por qué. Pero la cosa se explica. El partido liberal, exiguo en hombres de pensamiento y de ciencia entonces, tenía que luchar con el absolutismo; es decir, con el monarca, dueño y señor de vidas y haciendas; con el papado y el clero, intolerante é intransigente, dueño de las conciencias y lleno de riquezas invaluableles; tenía que luchar con la nobleza y la gran propiedad, domesticadas por la Monarquía; y por último, con la ignorancia y el fanatismo supersticioso, obra de tres largos siglos de servilismo y de abyección. ¡Lucha terrible! que había que sostener á todas horas, en todas partes y en todas las esferas de la vida pública y aun de la vida privada. ¡Lucha tremenda! en la que el liberalismo, con inmensas probabilidades de ser derrotado, no tenía otras perspectivas que la del martirio y el caldoso, ó la de la emigración y la miseria.

¡Prodigio hizo el ideal! ¿Quién no lo sabe? La sangre de los mártires regó hasta las ramas del árbol de la libertad.

Pero las caídas y las decepciones entibaron la fe, y surgió del seno del liberalismo la funestísima secta de los *confesores*, ó mejor dicho, de los *vividores*, con varios nombres y trajes.

La Monarquía—se dijeron—lucha y tiene poderosos auxiliares; pero tiene miedo y vacila. Transijamos y entendámonos con la Monarquía. Otorguémosla todas las prerrogativas que quiera, á tal que nos otorgue á nosotros el mando, que sabremos vincular en nuestra gente. Y se fraccionó el partido liberal... Y los prudentes se dieron á sí mismos el nombre de *moderados*... y más adelante el de *supremas inteligencias*... con otros títulos y blasones de que hablan las crónicas. Verdad es que comprometieron la causa y la denigraron y la perdieron; pero monopolizaron el poder á la sombra de concesiones vergonzosas y de humillaciones vergonzantes al absolutismo. Cain mató á Abel por envidia de su virtud.

Porque es el caso, que los disidentes atesoraban más odio contra sus hermanos que contra sus implacables enemigos. Y la Monarquía supo aprovechar ese odio, y los pasó á todos por las Horcas Caudinas; á los unos, por las del desprecio; á los otros, por las del patíbulo ó la emigración.

Y á todo esto, ¿qué fué del grandioso ideal, que había obrado prodigios...? ¡Ah...! los volvió á hacer. El conquistó un trono para una niña y ganó una gloriosa Constitución para un gran pueblo. Pero los *confesores*, los prudentes, cortaron los vuelos del ideal. Y no es lo peor, que las águilas se

convirtieron en golondrinas, sino que Dalila cortó los cabellos á Sansón.

Y aún sobrevino cosa peor. La nueva Pandora abrió su caja, de cuyo fondo salieron, en forma de nuevo ideal, y engalanados con trajes á la moderna, confeccionados en París, la *Paz* de los sepulcros, el *Orden* de las mordazas y la *Justicia* de los monopolios; es decir, salieron en forma de leyes mañosas y de órdenes y decretos habilidosos, la mistificación de todas las libertades, la anulación de todas las conquistas, el falseamiento del sistema, la discordia con sus cabezas de serpiente, el caos con sus laberínticas encrucijadas, la arbitrariedad con sus inquisitoriales vestiduras, el descreimiento con su sardónica mirada, y la inmoralidad con su cortejo de microbios y de epidemias.

Et pacem apellant miserim in servitute.

T. R. PINILLA

EL ARTE DE LA GUERRA

Es el Arte en su sentido objetivo, según los escolásticos, una colección de reglas dictadas por la razón para guiar rectamente los actos humanos hacia un fin determinado; pero su sentido propio es el subjetivo, esto es, aquel sentido según el cual el Arte denota una propiedad, una perfección habitual del hombre. Esta perfección comprende á su vez otras dos, que son: el conocimiento de dichas reglas y la aptitud habitual para conformar con ellas la acción: así es que el Arte en su sentido subjetivo, viene á ser la disposición del hombre á emplear su actividad para lograr el fin que se propone conforme á reglas ciertas y conocidas. Se deduce de lo expuesto que el Arte es una propiedad exclusiva de los seres dotados de razón, y por consiguiente, del hombre. Ni el ave que construye su nido, ni las abejas que hacen el panal y labran la miel, ni la hormiga y el castor cuando disponen sus viviendas, ejercitan Arte ninguno; porque no son capaces de proponerse un fin, ni de aprender las reglas ordenadas por él; solamente el ciego impulso guía su actividad. El instinto obra con estos animales como en todos los demás conforme á reglas ciertas que conducen al fin determinado, no de otra suerte que en los hombres de arte, bien que la acción del arte es reflexiva racional, y la acción de la naturaleza se ejerce sin conocimiento ni reflexión.

Es por demás conocida la división que se hace de las Artes en liberales ó Bellas Artes y serviles ó mecánicas. Sin ser cosa resuelta en absoluto, el término de una clasificación y el comienzo de la otra, puesto que todas las Artes necesitan lo mismo de las fuerzas del cuerpo que las del espíritu; hay una notable diferencia v. g. Un hombre de Estado ó un labrador aplicarán á su ocupación respectiva una suma de fuerzas espirituales muy diferentes, y aquí estriba precisamente el fundamento de la división que dejo anotada. ¿Exige tal ó cual arte principalmente el uso de la inteligencia? Pues entonces es liberal. ¿Exige tal ó cual otra de un modo principal las fuerzas corpóreas? En este caso pertenece á las mecánicas.

Son las Artes en la esfera de los conocimientos humanos, astros de primera magnitud, en cuya luz resplandeciente irradia el destello de la luz soberana con que brilla en la eternidad, el que es magnífico foco y origen primordial de la Belleza increada. Elevando la inteligencia del hombre con su paderosa atracción sobre las perpetuas nieblas de un mundo finito y material, le hacen presentir en sus formas variadas ese hermosura inmaterial é infinita cuya sola con?usa noción, es in?ogable venero de dulcísimas consolaciones. Noble, por lo tanto, es su destino, y no de mero pasatiempo. Cuando contempláis una catedral, cuando admiráis un cuadro, cuando examináis una est?tua, si dichas obras son inspiradas y responden á las leyes de su destino, percibís en vuestro interior, aparte del placer extético, otro más superior é indefinible que germina en vosotros al pensar en el héroe que la est?tua representa, en la tierna acción que el cuadro

conmemora, en el Dios creador que la catedral encierra en su tabernáculo. Si os entornece un canto dolorido, si os conmueve una plegaria religiosa, si os enfervoriza un himno guerrero, no es sólo el oído quien en ello se complace; pues palpitando el corazón y despertándose el entendimiento, os parece adivinar la sublimidad de aquel dolor humano, saborear el perfume de la piedad, ó asistir en el campo de batalla al triunfo de la justicia.

Ahora bien; entre las Artes liberales va á ser objeto de mi trabajo el que se titula *El Arte de la guerra*.

Por largos siglos ha sido la guerra instrumento ciego de devastación y de muerte. Único recurso de los que se dejaban arrastrar por pasiones vehementes, mientras que la fuerza personal y el fraude y el artificio decidían á todo, la guerra no pudo despertar, aun en los corazones más nobles, sino virtudes impracticables. Tales son por punto general las guerras de la antigüedad y las de los tiempos medios. El arte de la guerra nació de este comercio de sangre y los que le descubrieron estaban muy lejos de pensar que iban á modificar la guerra en su cimiento. A medida que el genio de las batallas se iba sometiendo á reglas deducidas de diversas invenciones mecánicas, la fuerza y las pasiones individuales abdicaron su poder. Convertidos en autómatas, sometidos á la voz de sus Jefes, los soldados formaron un cuerpo, sólo dirigido por un solo pensamiento. Por otra parte no tuvo más que los Monarcas que pudieran arraigar estas sangrientas contiendas; en cambio en la antigüedad las naciones guerreras no dejaban las armas de la mano. Así sucedió en la mayor parte de los pueblos orientales, en Grecia y en Roma. La guerra de los Volnos duró 106 años, y la guerra de los Parmatas 72. Como Troya, Vegas sostuvo un sitio de diez años, y la guerra del Peloponeso estuvo por espacio de veinte y ocho años desolando á Grecia. En estos terribles dramas había pasiones ardientes, odios inextinguibles. En el día la guerra es una lucha de honor; en ella toman parte masas tanto menos apasionadas cuanto más numerosas; el derecho á suavizado sus prácticas; los pactos sancionados por el honor se observan con exculpable caballerosidad; el prisionero no es un esclavo, es un desgraciado que el vencedor respeta y socorre.

Por esto el Arte de la guerra que ha sido siempre reflejo constante de la humanidad, varía con los siglos; crece de generación en generación; determina el carácter de las épocas por que va pasando; consigna las aspiraciones de la sociedad en que vive, traza el cuadro que presentan en los pueblos destinados á ocupar el lugar de los que van sucumbiendo en las luchas que los agitan y conmueven. Marcha con la humanidad; llora con ella sobre las ruinas de los Imperios; canta con ella sus triunfos; gime con ella en medio de los dolores que la hunden lentamente en el sepulcro; se exaspera, como ella, y llama, como ella, á los que sufren en el campo de batalla. Es en cierto modo el corazón de los pueblos, y no pocas veces determina sus impulsos; libre como el aire, generosa, sensible, no abriga idea que nolance al mundo, y es á menudo, la precursora de las nuevas creencias, el alba que precede á los días de regeneración; el fuego que enciende los combustibles amontonados tras larga pero severancia. Hija predilecta de nuestro propi-espíritu, habla el lenguaje de nuestra alma: llega á todas las inteligencias, á todos los corazones, y alcanza lo que no puede alcanzar la ciencia con todos sus esfuerzos ni el poder con todos los medios de que dispone; da vida y color á las ideas, las identifica con las generaciones existentes; las transmite con la sangre de éstas á las generaciones futuras; las escribe al fin en una bandera, y arrastra tras ella los ejércitos á esos combates en que se decide de la suerte de la especie humana.

Mas así como el árbol no se cubre de frutos sin cuando el tiempo ha robustecido sus fibras y combinados los elementos de que ha de componerse susavia, sin embargo de poseer en aquel rudimento de su existencia cuanto necesita

para continuar sus dos operaciones, así el Arte de la guerra no llega á enriquecerse sino cuando se multiplican los sucesos en la carrera de las naciones; cuando progresan en saber y experiencia los que se dedican á su estudio, á pesar de contener en su estructura el germen de sus futuros desarrollos.

Hé aquí la causa por la que el siglo xv ha sido para la Europa una de las más grandes épocas; para nuestra España ha sido el término de una lucha de siete siglos; la muerte de una aristocracia turbulenta; el principio de una era de conquistas; el sentimiento desarrollado de una racionalidad casi desconocida; el verdadero punto de arranque de la ciencia y del arte de la guerra: el tiempo de su originalidad y el apogeo de nuestra mayor y más sólida grandeza. En él fué cuando pasamos del estado de aislamiento al de sociedad; del caos á la organización; de la oscuridad á la luz, de la muerte á la vida; en él fué cuando dimos expansión á todas nuestras facultades; en él fué cuando cruzamos los mares y descubrimos un mundo, nos pusimos en comunicación con la Europa y preparamos los ejércitos que habían de humillar á Francia y conquistar la Italia; dimos libre vuelo á la imaginación y abrimos al Arte de la guerra caminos en los que habían de seguirnos más tarde todas las demás naciones. No hay para nosotros ni para dicho arte otro siglo más importante en la historia; empezó con años de desventuras, pero terminó con días esplendorosos y brillantes. Durante la primera edad de este siglo, no hubo más que una serie de desgracias tanto para Aragón como para Castilla. La guerra civil hizo verdaderos estragos en ambos países; reinaba la zozobra y el terror por todas partes; el porvenir se presentaba tan triste, que los males que se esperaban hacían olvidar los ya pasados; nadie se atrevía á concebir una esperanza; mas hé aquí que Doña Isabel, casada ya con D. Fernando de Aragón sube al Trono, y no bien se verifica esto, cuando se declara la guerra á los moros y se les arroja de las murallas de Granada; se arma un buque para Colón y se conquista el Nuevo Mundo.

En medio de tan favorables circunstancias, ¿era posible que dejara de adelantarse el arte de la guerra? Ya no están cerradas para él las puertas de Europa; ya es más fácil que recorra los países en que han florecido los más grandes genios de la antigüedad. Tiene ya, pues, el arte de la guerra símbolo y ritmo. El símbolo se le da ese mismo sentimiento que han robustecido quince siglos; el ritmo; el símbolo se le da ese mismo sentimiento que han robustecido quince siglos; el ritmo se lo comunica esa Italia en cuyo suelo no se columbra el sol á consecuencia del polvo de los combates sostenidos por nuestros brillantes tercios y por el mejor entre los grandes capitanes de aquella gloriosa época. Puesto ya en este camino, su progreso es rápido; da de día en día pasos más atrevidos; se le ve por momentos acercarse más y más á esa perfección de que estaba aún tan distante al empezar el siglo. Animado por los medios de que dispone, no se circunscribe al círculo de ideas que le han legado la tradición y la historia de muchos siglos; rompe osadamente sus estrechos límites; cruza el espacio en alas de la fantasía; rasga el velo de lo desconocido; sondea los misterios más profundos, y descubre á las generaciones presentes y futuras los secretos más ignorados. No es, sin embargo, aún bastante fuerte para dar á tan grandiosas escenas todo el desarrollo de que son capaces no tiene bastante inteligencia ni suficientes conocimientos científicos; mas lleno de emulación y de fe, arrostra las mayores dificultades. A semejanza de un niño que acaba de adquirir la conciencia de sus propias fuerzas, lo cree vencible todo y todo lo arrostra, si no siempre con el éxito apetecido con la mayor fuerza de voluntad posible. Tardará aún en alcanzar esa deseada perfección; pero no habrá sido menos audaz, ni ha dejado de andar tanto camino, atendido el atraso en que se encontraba antes de empezar el siglo xv.

Es ya sabido cómo apreciaban los críticos militares de distintas épocas todas las mani-

festaciones del Arte de la guerra anteriores al pretendido renacimiento de éste; las consideraban como hijas de la barbarie, y apenas se atrevían a examinarlas; pasaban la vista por ellas con el desdén en el labio, y no sabían preferir al verlas sino palabras llenas de amargura. Desconocían esa ley de continuo progreso que dirige a la humanidad, y creían que mediaban entre los períodos de los siglos medios y los del Gran Capitán un abismo; no sólo no distinguían lazo alguno entre la Edad media y la moderna; no llegaban a concebir el influjo que han de ejercer forzosamente un siglo sobre otro á no suponer que el hombre es un ser del todo aislado en el tiempo y en el espacio. Miraban á nuestros grandes Generales de los siglos xv y xvi como hombres que habían perfeccionado el Arte de la guerra, no con el auxilio de las tradiciones y adelantos científicos de otros siglos, sino por la sola fuerza de su genio. Les daban sucesores, pero nunca antecedentes; los enlazaban con lo porvenir y cortaban ante ellos la cadena de lo pasado. Era, á no dudarlo, esta manera de proceder una grave falta de lógica, una alucinación, una aberración del entendimiento; mas es incontestable que esta ha sido la manera de juzgar, no sólo de aquellos críticos, sino también de otros mucho más modernos. No está por fortuna lejano el día en que se empiece á examinar con mejor luz la sombra que existe sobre muchos de los pasados hechos; lo está aún mucho menos el día en que, seguros de la perfectibilidad humana, empecemos á saber distinguir en lo pasado el germen de lo futuro y en lo presente un lazo invisible que une lo futuro y lo pasado.

En dos hombres puede decirse que está cifrada toda la preponderancia militar de nuestro país durante este siglo, y la gloria de estos varones ilustres que enaltecieron los timbres de la patria, es un legado precioso que debe transmitirse íntegro á las generaciones venideras para ejemplo y enseñanza. No hay pueblo alguno en la historia que no haya cautado en tonos mil las alabanzas de sus héroes consagrando á su memoria monumentos de amor, de respeto y de veneración. Y este culto simpático que, inspirado por la naturaleza, practican todos los pueblos en su infancia como en su virilidad, en el crepúsculo como en el apogeo de su civilización, lo mismo entre las ordas errantes por los bosques que en los juegos hípicas y olímpicos de la culta Grecia y en el Senado de la fastuosa Roma, recibe entre nosotros el sello de una sanción universal. Y si este justo tributo impuesto de consuno por el deber y la historia, no sólo honra y enaltece á las naciones en su estado próspero y floreciente, sino que es también su consuelo y esperanza en medio de la humillación y el abatimiento, ¿qué otra, con más razón que la española, podrá volver los ojos para recrearse en sus pasadas grandezas? ¿Y cuál de nosotros dejará de recordar con orgullo aquella época venturosa en que estendíamos nuestro dominio y el habla de Alfonso el Sabio por ambos emisferios, y veíamos brillar, cual astros resplandecientes, entre multitud de héroes, los insignes varones Gonzalo de Aguilar y el humilde franciscano Jiménez de Cisneros?

Más de tres siglos han pasado sobre sus tumbas; pasarán otros tantos, pasarán todos y sus nombres bendecidos de generación en generación, arrancarán siempre de los hidalgos pechos españoles magníficos y espontáneos sentimientos de respeto y de entusiasmo. No parece según la expresión de un historiador extranjero (1) más bien que realidad, ilusión de la fantasía y un misterioso enigma que se resiste á la humana contemplación, ver á un hombre que sabe armonizar el esplendor de la púrpura con la oscuridad del sayal, la fortaleza del cetro con la debilidad del cayado, el regalo de la Corte con la austeridad del desierto; la faja del General con el cordón de San Francisco y el humo de la pólvora con la calma de la oración y el suave perfume del incienso. No pretendo seguir paso á paso la historia de

ninguno de estos dos genios; si dejaré consignada al menos la importancia militar de sus grandes hechos.

Recordad la expedición á Orán. Un fraile, Capitán General de ejército de aquellas legiones aguerridas que venían de Italia coronadas de laureles. La espada del Gran Capitán reemplazada por el rosario de Cisneros. Vedlo, pues, nombrar los Jefes de la expedición y los cabos de las tropas, y reunir caudales y provisiones, y combinar planes y atender á todos los pormenores con la prudencia y energía propias del hombre mas entendido y práctico en el Arte de la guerra.

Hácese á la vela en Cartagena, con tan buena fortuna, que, según la gráfica expresión de su ejército, llevaba encerrados los vientos en las mangas de su hábito. El como el célebre Capitán romano pudo decir *veni, vidi, vici*, no se explica, pues en tres días tan solo, conquistó á Orán y dejó sus tropas de tal modo dispuestas, que obtuvieron los nuevos y señalados triunfos de Trípoli y de Bugia. Aún se conservan esos trofeos gloriosos de sus victorias; ellos, con voz muda, sí, pero más elocuente que las palabras, publican el heroísmo y la pericia militar del General Cisneros.

Comunmente ha sucedido que el premio de las grandes acciones ha sido el desdén y la ingratitude, quizá para que sirva de contrapeso ó para realzar y dar tonos más vigorosos y enérgicos al verdadero heroísmo. No estuvieron libres de esta defección los dos personajes que mayor gloria y nombradía dieron á la nación española y á sus reyes; el uno venciendo en el Garellano, en los Albruzos y en Nápoles, y el otro poniendo nuestra bandera en el ardiente suelo africano.

Muerto el Rey Católico, es cuando se abre la escena más grandiosa de la vida militar del Cardenal Cisneros, y señala el punto culminante de la cual extiende sus brillantes resplandores por el horizonte inmenso de la historia. A la luz de ella hay que considerarlo en medio de las dos tumbas de sus Monarcas, alzándose como un gran coloso, para sostener, cual otro Alcides, la grandísima pesadumbre de nuestra, apenas formada cuando ya amenazada, unidad nacional. ¿Quién pondrá coto á las demasías de los nobles, á las amenazas de Francia y Portugal y asegurará el respeto del exterior y la paz interior? ¿Quién?... Un hombre, un fraile, un General; en una palabra, Cisneros, que hace ver su genio, su fortaleza, su prudencia, el valor, la sabiduría, todas las grandes cualidades de los héroes armonizadas en su grande alma y elevadas á la más alta potencia, formando ecuación sublime con aquella fe tan grande que, según San Pablo, trasladó los montes.

Yo le admiro en aquella intrepidez enérgica en que, al oír la petición de algunos magnates, que rehusando obedecerle le demandan que exhiba los poderes—Ahí están—les dice—mostrándoles soldados y cañones, únicos poderes en verdad para aquellos hombres que no se avienen con lo racional y lo justo.

¿Mas cómo reseñar todos los timbres de este personaje, del cual pueda acaso decirse con verdad que ni tuvo antes un modelo exacto ni después una copia exactamente fiel? El es el primero en establecer esa institución de los Ejércitos permanentes, imitada y perfeccionada después por todas las naciones de Europa, y que entonces, como ahora y siempre, fué, es y será, el principal baluarte donde se defiendan las bases de todo edificio social. Nunca, como dice Robertson, tuvo otra norma al establecer los ejércitos en pie de guerra que la de hacer triunfar las dos grandes causas de la justicia y de la patria, pues adquiere tantos y tan grandes títulos á la gratitud del Estado, que no puede recordarse su nombre sin recordar todas las grandes dotes que revelan la superioridad del genio y todos los laureles que ciñen las frentes de los héroes. Nada puede decirse mejor en elogio suyo que las palabras que pronunció Carlos V al tener noticia de su muerte: «Jamás—exclamó—hizo cosa injusta.»

En todo tiempo se ha observado que las

armas y las letras han sido juntas é igualmente grandes, hasta tal extremo, que unidas suben al templo de la fama y juntas se eclipsan en las épocas de desgracias. Verdes estaban aún los laureles de Salamina y de Platea, cuando las triunfadoras sienas de los griegos se adornaron con otros no menos brillantes, recogidos en los campos de la poesía y de la elocuencia. Roma se proclamaba señora del mundo, al mismo tiempo que el siglo de Augusto producía los Horacios y Virgilio. Francia se engrandece con los triunfos de Luis XIV, á la par que empuñaba el cetro de la literatura moderna. Por donde quiera, los fuertes guerreros, los sabios filósofos, los ilustres poetas, los eminentes artistas, se agolpan á la vez en las naciones, cual si á todas fuese concedida una época de prodigiosa fecundidad, en que los grandes genios de todas clases nacen á porfía para asombrar al mundo. Tal ha sido también en nuestra patria, cuando robustecida por una lucha de ocho siglos, vencedora del sarraceno, se desbordó por el antiguo mundo, haciendo alarde de sus fuerzas y buscando otro nuevo, por no creer que aquel era bastante para dar cebo á su valor indómito; aspirando también al imperio de la inteligencia, llegó á ser no menos célebre por su saber que por sus armas. Sus bravos Capitanes triunfaban en los campos de batalla; sus hombres de gobierno imponían leyes á todas las naciones, y sus artistas poblaban de maravillas el mundo.

Dicho esto, y probado por todas las claridades de la evidencia, que el Arte de la guerra persigue hoy los grandes ideales fundados en los modernos adelantos, no será mucho que yo consigne aquí la importancia que tienen para nosotros los estudios científicos, y muy especialmente aquellos que más se rozan con las necesidades de los que se dedican á investigar los adelantos que se van sucediendo en el Arte de la guerra, pues entre ellos hay uno de excepcional importancia, que es el estudio de las matemáticas. ¿Para qué puede necesitar las matemáticas el hombre de guerra? Las matemáticas proporcionan una multitud de nociones abstractas de suma transcendencia, si bien por sí solas no alcanzan á resolver los problemas concretos del universo. Es verdad que no hay una sola cuestión en el mundo físico que aquí nos ocupamos que no entrañe algún problema de matemáticas, y esto, por una razón muy sencilla; porque en el mundo físico todo es cantidad, desde el átomo etéreo que vibra y palpita sin cesar en el espacio, hasta el volumen de la más colosal nebulosa; desde el movimiento de translación que anima á los astros, hasta esos otros movimientos oscuros, instantáneos, latentes; y por demás complejos, que agitan las moléculas de todo organismo, todo se presta á manifestaciones cuantitativas, todo incumbe en este concepto á las matemáticas. Constituye además el cálculo matemático el medio más eminente de generalización, la base obligada de toda inducción severa, y ya se sabe que las ciencias se componen de generalizaciones inductivas, de leyes, de principios.

De aquí que no sea posible desconocer que las matemáticas relacionan los hechos por el vínculo que le es común; por su aspecto cuantitativo, y ligan, enlazan y asimilan unos grupos de fenómenos á otros grupos, al parecer diferentes.

¿A qué se reducen, por ejemplo, los problemas relativos á esas entidades imaginarias que llevan el nombre de fuerza? La determinación y representación gráfica de una fuerza; la translación, y lo que se llama el momento de una fuerza, la composición y descomposición de esas mismas fuerzas, todas estas cuestiones, como todas las concernientes al equilibrio y al movimiento mecánicos, son cuestiones matemáticas; ejemplo palpable. Supongamos que se busca la resultante de dos fuerzas concurrentes y angulares, situadas en un mismo plano, ó la de tres correspondientes á planos distintos. Pues bien; la resultante estará determinada en magnitud y dirección por la diagonal del paralelogramo, ó por la del paralelepípedo construido sobre las fuerzas dadas, respectivamente. Según esto, la estética solamen-

(1) Williams Prescott.—H^o de los Reyes Católicos.

te sabe aquello que la Geometría le enseña *a priori*, por decirlo así. Otro ejemplo para probar que lo mismo sucede en la dinámica. ¿Qué son las trayectorias en todo movimiento? Trazados geométricos en suma. ¿Qué es la velocidad del movimiento? La relación del espacio recorrido con el tiempo invertido en recorrerle. ¿Qué la cantidad de movimiento? El producto de la masa por la velocidad. ¿Qué se entiende por fuerza viva? El producto de la masa por el cuadrado de la velocidad. Se ve, pues, lo nocivo que sería para el conocimiento de la realidad el separar de los procedimientos empíricos que deben suministrar los elementos de todos los problemas, las matemáticas que deben resolverlos. Si el cálculo no fecundara los datos experimentales, jamás hubiera conseguido el hombre formular las leyes á que obedece el movimiento. Si la experiencia no sirviera de base al cálculo matemático, esas leyes estarían en desacuerdo con la realidad. Así, teniendo presente uno de los ejemplos anteriores, la Geometría nos hace concebir como direcciones posibles del movimiento, la recta, la circunferencia, la elipse, la espiral, la hélice, la parábola y aun la hipérbola; pero si interrogamos al cálculo sobre las trayectorias comunes, sobre las que se pueden llamar normales, nos dirá que deben ser la recta y la circunferencia las dos líneas que ofrecen mayor regularidad. Pues bien; el cálculo mismo, cimentado sobre los hechos de observación, nos hará ver que, al contrario, el movimiento rectilíneo y el circular, sólo pueden aparecer en circunstancias excepcionales, y los más ordinarios, los más naturales, son el elíptico y el parabólico. Así también, las matemáticas puras nos inducirían á suponer que el movimiento, por lo que hace á su velocidad, ha de ser necesariamente uniforme; la experiencia, por su parte, nos haría mirarle como frecuentemente variado, mientras que el cálculo, unido á la observación, nos haría conocer que el único movimiento regular posible en el universo es el uniformemente variado.

Penetremos ahora en el vasto dominio de la Física. Lo primero que en él encontramos es que la noción de cuerpo corresponde por entero á la de sólido geométrico. Hay más: si los cuerpos no se definen sino por una expresión geométrica, ¿de qué manera determinamos el espacio, es decir, la extensión y el tiempo, esto es, la duración? No pocas veces el uno por el otro, puesto que el tiempo se convierte en función de espacio y viceversa; pero siempre matemáticamente. Ya se acepte la teoría de Kant, que considera al espacio y al tiempo como categorías de la razón, bien se siga en este importante punto el parecer de los platónicos, que colocan esas dos nociones en el orden de las que llaman *ideas arquetipias*, ora se adopte la creencia de otros sabios, en cuyo entender, estos conceptos nacen experimentalmente el uno por la coexistencia, por la simultaneidad de los cuerpos, y el otro por la sucesión, por la frecuencia de los fenómenos; sea cualquiera el modo de pensar que se adopte, vendremos á convenir en que el tiempo y el espacio son cantidades, y por lo tanto, susceptibles de medida. Y como constituyen las dos grandes modalidades á que nada en la naturaleza se sustrae, basta á esta consideración, á falta de otras, para demostrar que no cabe prescindir de las matemáticas en el referido orden de estudios. Fácil sería demostrar que lo propio sucede con todos los otros, pues á nadie se le ocurrirá dudar que las matemáticas sean la ciencia de los más grandes procedimientos de generalización. Así se nos revela la unidad en la variedad; así vemos la armonía de un aparente desorden; por eso admiramos las magnificencias de la Creación, y tenemos idea más exacta de la grandeza del Creador.

Pues qué, ¿no nos está demostrando este mundo visible que la unidad es la condición especial de su existencia, de sus movimientos, de la influencia eficaz que ejercen unos con otros todos los objetos que la componen? Cada uno de estos es una unidad, considerada en sí mismo; uno es el sol, uno es cada planeta,

una es cada estrella, una es la tierra, uno es el mar, una es la fuente, uno es el río, uno es el roble, una es la hierba que se cría á su sombra, una la planta parásita que se abraza á sus ramas, y cada una de las cosas es una, porque tiene su esencia y naturaleza propia y distinta de las otras; pero todas ellas forman una gran unidad, la unidad del mundo material; rómpase por un momento esa unidad; admítase por un momento la hipótesis de que los orbes planetarios se muevan aisladamente y sin conservar las leyes de atracción mútua y de dependencia los unos de los otros; destrúyase esa conexión íntima que tienen en la tierra los objetos entre sí; empéñese uno en que haya fuentes sin filtraciones de alto á bajo, ó sin vías subterráneas por donde marchen las aguas que caen sobre los montes y otros, para caminar en cauce común y volver al Océano de donde salieron; obstínese en que la planta parásita suba como la palma, y que la hierba crezca sobre los áridos riscos; hágase todo esto, rompiendo esa unidad del mundo y esa armonía que guardan los flúidos con los sólidos, los seres pequeños con los medianos y éstos con los mayores, y el universo todo se convertirá en un caos. Es, pues, indudable que la perfección humana será tanto más grande y progresiva en todas las ciencias, en cuanto éstas se acerquen más á la unidad de donde proceden.

Sólo me resta hacer una breve digresión, para dar con ella fin á este trabajo y á la natural y consiguiente molestia de los lectores. No creo que haya necesidad de esforzar los argumentos para demostrar que la existencia en el día de los Ejércitos permanentes es de suma importancia, y da muestras de previsión y cordura aquel país en donde se encuentren con más perfecto estado de organización. Si esto es tan evidente, natural es, como consecuencia precisa, que las naciones modernas dediquen todo su cuidado á la buena organización de sus recursos militares, puesto que todas las instituciones deben apreciarse por las ventajas y utilidades que producen. Siendo, pues, el Ejército el sostén y la salvaguardia de una nación, es de rigurosa necesidad y de estricta justicia que sea el objeto más predilecto de esa nación, y que se recompensen los servicios de los que velan por su gloria y por su grandeza.

Todos los pueblos antiguos han demostrado cuán en alto aprecio tuvieron sus grandes glorias militares. Ya sea Alejandro en Macedonia; ya sea Ciro en Persia; ya sean, en fin, los griegos ó los romanos, todos, absolutamente todos, elevaron el prestigio de sus respectivos Ejércitos hasta un grado inverosímil.

En nuestra nación, guerrera por naturaleza, se ha conocido mejor que en ninguna otra la protección que siempre dispensó á los Ejércitos que combatían por sus más caros ideales. Recompensas al mérito militar son los títulos otorgados en épocas remotas, y aún hoy podemos decir que se hace otro tanto. Las cadenas, las aspás y otros emblemas que se ven esculpidos en los escudos de armas, atestiguan que aquellos que las obtuvieron concurren á las jornadas de las Navas, Clavijo, Baeza y la memorable del Salado, haciendo de este modo que el país perpetúe el amor á las tradiciones y el recuerdo imperecedero de sus más brillantes empresas.

Todos los Monarcas austriacos, como los de la rama reinante, han dejado vivo y patente testimonio de su solicitud por las clases militares; y si al presente las modernas instituciones han hecho variar la forma, y muchos de aquellos privilegios y otros han quedado en completo olvido, no deja de ser menos cierto que hoy sus Gobiernos otorgan merecidas recompensas, conservan el Ejército en un estado brillante, dan impulso, que podríamos llamar sobrehumano, al aumento y perfección de nuestra Armada, y todos nuestros deseos y necesidades son atendidos con esmero. Tan laudable conducta empieza á producir sus naturales efectos, y esto nos hace abrigar la creencia de que nuestra España, despertando del letargo en que desde hace tanto tiempo está sumida, volverá á adquirir aquella preponderancia á que

la destinan su sin igual historia y el indomable esfuerzo de sus hijos.

No debemos nosotros ser los últimos en caminar por tan provechosa senda; con paso firme y resuelto, á la vez que prudente, estudiemos profunda y detenidamente en estos nuevos horizontes que se presentan ante nuestra vista, y asociándonos á este progreso, que es el único legítimo, habremos salvado con nuestros propios derechos lo que aún es más caro para todos: los sagrados intereses de la patria.

MANUEL MAGRANER.

LA ODALISCA

CUENTO ORIENTAL

I

Eran las horas primeras de la noche. El cielo que cubre á Constantinopla como un toldo azul abovedado por el viento, dejaba caer sobre la ciudad de los sultanes una tenue gasa de claridad de crepúsculo. El Bósforo ordenaba sus olas, preparándolas al sueño con cantos de rumores. Blancas velas, buscando la playa, cruzaban silenciosas la adormecida oscuridad tendida sobre las aguas. Algunas ventanas se iluminaban proyectando al exterior sábanas de oro, cuyo fulgor parecía ser reflejo de las lejanas estrellas. Súbitas voces ó prolongados ahullidos rompían la calma de la noche. El campo estaba sin movimiento. Los caminos, cubiertos por la arena calcinada al sol, serpenteaban sobre la llanura como enormes bandas grises, angostándose á medida que se perdían de vista. Por fin, asomó la luna, y las puntas de los minaretes se blanquearon tomando cambiantes de agujas de nácar.

Un kiosko del serrallo presentaba el aspecto de fiesta. Vasos de colores, suspendidos de alambres finísimos, se balanceaban en los claros de las columnatas y balcones que rodeaban aquel recinto. Girones de vapor azulado se deslizaban de los pebeteros colgándose un momento en los flecos de las cortinas. Acordes penetrantes y temblorosos despedía un arpa. Y á ratos una voz lánguida y cadenciosa salía del kiosko desvaneciéndose entre los árboles del jardín imperial. Escaso bullicio había allí dentro. Sin embargo, no podía dudarse que aquello era un festejo; algo extraordinario que disonaba gravemente en medio del mutismo y negrura de los demás pabellones, templos mágicos de aquel mundo de hadas. Los anchos alfanges de los eunucos brillaban desnudos á la puerta del kiosko iluminado. Estas hojas de acero, cruzadas sobre los rojos pechos de los guardias, tenían yo no sé qué de siniestro que hacía pensar en la muerte.

Hermosísima mujer, asiáticamente vestida, se reclinaba á lo largo de un diván, hundiéndolo con su peso. Muchachas de semblante atezado y reluciente la rodeaban, sentadas en cogines de seda bordada. Ocupábanse en varios oficios. Unas ataban rabos de flores formando guirnaldas; otras movían las cazoletas de los perfumes, envolviéndose en una atmósfera de humo; algunas tiraban del fuelle de los acordeones, reforzando con estrépito sonoro las vibrantes notas del arpa. Una bayadera, traída de la India, retorció su cuerpo en las dislocaciones de un baile voluptuoso y acompasado. Cada final del aéreo ejercicio iba acompañado de una genuflexión graciosísima delante de la hermosa del diván. Grata sonrisa se dibujaba entonces en los frescos labios de las esclavas. Sólo la mujer á quien se tributaban tales honores permanecía impassible y descuidada. Su indiferencia era tal, que parecía estar sola.

Era la primera odalisca. Tipo soberbio de nuestras comarcas andaluzas, habiase conquistado desde su entrada en el palacio de los Selimes, el veleidoso corazón del Sultán. En su galería de mujeres contaba éste joyas de rara estima. De la

sagrada Palestina llevaronle hembras de verdadera raza judaica. Las cumbres del Cáucaso arrojaron también en sus brazos esposas de robusta hermosura. En copas de oro bebió con ellas el néctar de los dioses. Pero el hastío, la deficiencia del ideal soñado, hecho realidad, abrió pronto en su pecho un hueco imposible de tapar, á no ser con la losa de la tumba. Únicamente la hija de Vandalia, «el lucero caído en la tierra» como él decía, llenaba aquellos abismos del alma, cuyas profundidades no logró nunca colmar tesoro alguno. Es verdad que la virgen de España fué siempre á sus afanes de amante como arca cerrada, como capullo que nunca desplegaba sus hojas.

Aquella noche, sin embargo, su virtud ó su vida iban á tocar una misma línea en el reloj de las desgracias humanas.

Una de las esclavas la dijo:

—¿Quiere usted que la llevemos al baño de rosas?

—¿Para qué?—preguntó la odalisca desdeñosamente.

—Van á celebrarse esta noche sus bodas con el Sultán. Así está mandado.

—¡Eso no será!—replicó sombríamente la española, llevándose la mano al pecho y buscando entre el oleaje de blondas que lo cubría la crucecita de un puñal. Al tocarlo, los rubies que empedraban la empuñadura del arma, fulguraron como ojos de serpiente.

Irguiéndose la odalisca, exclamó con voz sorda:

—Idos, quiero estar sola.

Las negras abandonaron la estancia, y á poco sólo se oía en ella la respiración entrecortada y fuerte de la desgraciada dueña del kiosko.

¡Qué de punzadores pensamientos debían de arañar su alma en aquellos instantes! Representósele con todos los colores de la realidad y los encantos de la magia del recuerdo, el querido hogar paterno, de donde fué arrancada por la traición. Poníanse también de pie delante de ella los fantasmas de sus sueños virginales acalorados y agigantados por la fiebre de su cautiverio. Todas las potencias de su espíritu le arrojaban puñados de espinas que lastimaban dolorosamente su corazón. Durante largo tiempo había podido luchar y vencer su injusto destino. Hábilis promesas lograron alzar un muro entre ella y su señor.

Pero esto acabó ya. El representante de Mahoma, el hombre-Dios, el feroz enamorado, el déspota femenino, dió su decreto irrevocable. Aquella noche debíase sacrificar una víctima; era la hermosa flor cortada en los campos de Iberia.

Resuelta estaba también la odalisca al sacrificio. Como quien toma una resolución extrema, la cautiva hizo un gesto enérgico con la cabeza y dando largos pasos por su oriental camarín, llegó á una ventana, cuya orientación estaba dirigida al norte de la patria que lloraba la prisionera. Con los ojos puestos en la altísima bóveda del espacio, la mujer murmuró entre sollozos una plegaria, tal vez aprendida en la cuna.

De pronto, crugió un portier á su espalda. La cabeza del Sultán apareció.

Volvióse la odalisca y dió un grito. Su mano derecha escudriñó en su pecho; alzose con furia y volvió á caer.

La mujer se desplomó sobre el pavimento.

El Sultán exhaló un rugido de rabia.

—¡Muerta antes que esclava!—decía ella entre las ansias de la agonía.

Pronto no se oyó nada. La respiración de la virgen inmóvil en el altar de ese sentimiento que hace héroes, es decir, el honor, había cesado por completo.

La odalisca era cadáver.

Su sangre, corriendo á hilos por la herida, rociábase por el suelo, bordando sobre el blanco tapiz rosas de llamas.

En esto, un vaso donde brillaba una luz blanca, se apagó.

Era el alma de aquella mujer que volaba al cielo.

JOSÉ DE SILES.

LA UNIÓN HISPANO-AMERICANA

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO II

Geografía topográfica é Historia de Méjico.

Hace poco tiempo que á expensas del Estado de Méjico se crearon dos Estados más, pero de poca importancia, pues son pequeños; estos son: Hidalgo y Morelos, que tienen 420.000 y 155.000 habitantes respectivamente, y sus capitales son *Pachuca* y *Cuernavaca*. En cuanto á su suelo, basta decir que es igual al del Estado de que se derivan, fértil y pintoresco.

Tlascala está situado al Norte de la Puebla y al Sur de Querétaro; este territorio es muy pequeño, y sólo lo componen unos cien pueblos; su suelo es fértil, y en él se cultivan varios productos; está enclavado en el Estado de la Puebla; su capital, Tlascala, tiene unos 5 000 habitantes.

Puebla, último Estado central y de mucha importancia, su suelo es de los más fértiles que se conocen; vense cubiertos de trigo, maíz, árboles frutales, algodón y la caña de azúcar; si se profundizan sus entrañas, se encuentran las minas de oro y plata, y aun en la superficie de sus montañas, los mármoles. Está atravesado la Puebla por la cordillera Anahuac, en la que existe el volcán que hemos dado á conocer, Popocatepetl; es digno de atención la inmensa pirámide de Cholula, que es asombro del que por primera vez admira su mole; mide unos 55 metros de altura, cuya base tiene 454; basta con esto para comprender lo maravilloso del monumento, y sobre el que se levantaba un altar, dedicado á uno de los dioses de la antigüedad.

La capital de este país es La Puebla de los Angeles, que como ciudad es una de las primeras de Méjico; sus calles limpias, anchas y rectas, las casas bellas y sus plazas públicas espaciosas; el clima benigno y su suelo feraz; los edificios que tiene notables, son: la catedral, muy buena, y cuyas altas torres sobresalen de la ciudad, como orgullosas de albergar en su seno al Dios, y como prueba de superioridad en la capital del Estado La Puebla; el Palacio obispal, Biblioteca pública, Seminario, Academias y todo cuanto se relaciona con la instrucción de un pueblo; sin duda han comprendido los mejicanos que la instrucción es el principal alimento que se debe dar á los países, pues con ella se resuelven grandes problemas, se saca del abatimiento á los Estados y se les coloca al frente de la civilización.

Su industria, muy decaída, y únicamente sobresale en los tejidos, siendo muy notables sus confituras, y mantiene mucho comercio con el resto de Méjico y con las Repúblicas centrales; tiene 65.000 almas.

Cholula, en esta ciudad existía una profusión de templos, pues tenía tantos como días tiene el año, y era la ciudad santa, según los Anahuacos, y notable por una pirámide india.

Zacatlan, al rededor de ésta, se encuentra la raza india *totonacas*, que poseían infinidad de dioses, los cuales exigían enormes sacrificios, debiendo morir ante ellos los hombres sacrificados en medio de los más horribles tormentos; solo uno se contentaba con una ofrenda sencilla, y esta consistía en flores y frutas.

Empezaremos por California á la descripción de los Estados occidentales. California es una península, y se halla separada de Sonora por el río Colorado; sólo hablaremos de la baja, porque la alta pertenece, como ya es sabido, á los Estados Unidos, tiene por límites: al Norte, con la Alta California; al Este, con el golfo de su nombre; al Sur y al Oeste, con el gran Océano Pacífico; es larga y estrecha y mal poblada, pues su extensión, según un geógrafo, es igual al de Inglaterra, y sólo cuenta con 15.000 habitantes. El clima cálido, y su suelo arenoso, y por lo tanto, árido; pero, no obstante en aquellos puntos, donde existen agua y tierra vegetal, las producciones son abundantes y prontas, dando trigo, frutas y vinos generosos; es el país rico, ya que no por la fertilidad de sus terrenos, por el tesoro que las aguas que le bañan y la tierra esconden, como celosas de que el sol vea sus manifiestaciones, á la vez que en el aire se encuentran las aves de rica y deliciosa carne, las azules aguas de la costa poseen la perla escondida en su concha; por el monte corre el carnero, apreciado por su lana, y la tierra guarda el oro y la plata en sus entrañas, así como también se encuentra la sal cristalizada y el azufre en las faldas de volcanes apagados.

Este fué el país de la ambición, y á él acudían de todas las partes de Europa en busca de los preciosos metales que encerraba su suelo y de las pepitas de oro que se escondían entre sus arenas.

Loreto; es la más poblada de todas sus ciudades la Paz, capital de la Baja California en el golfo del mismo

nombre. San Antonio, en cuyas cercanías existen minas de plata y plomo.

Al S. de la península existen las islas de Revillagigedo, siendo las más principales Socorro, San Benedito, Roca Partida, deshabitadas, y al E. se encuentran Angel de la Guarda, Carmen, San Lorenzo, y al O., Cedros, Santa Margarita, San Martín; Sonora limita al N. con Nuevo Méjico; al E., con Chihuahua; al S., con Sinaloa, y al O., baña sus costas el golfo de California.

Sonora es uno de esos países fértiles, que por sí solo es ya bastante rico, sin necesidad de nuevas empresas por parte de los habitantes; allí se recoge el oro y la plata en sus ricas minas, y sus terrenos están regados por caudalosos ríos, que por donde van llevan la poesía en su cristalina agua y la abundancia con cada una de sus gotas. La capital es Ures, situada sobre el río que toma el nombre del Estado, con unos 7 500 habitantes; en Arisque se hallan minas de plata; Guamas, es este un puerto en el golfo y un puerto importante para el comercio, y por lo tanto, para toda Sonora pues el comercio es el más alto galardón de los pueblos, y por él se ve si son más ó menos ricos, ó más ó menos poderosos. Hermosillo es el verdadero almacén de mercancías y toda clase de producciones del país; es quizá la población de más importancia que existe en el Estado, que limita con Sinaloa; es éste el país más diverso que se puede dar, pues así como hay parajes fértiles y ricos, los hay áridos y escualidos de producciones vegetales, y sólo se ven cubiertos por tierra arenosa y el granito. La capital Culiacán tiene 11.000 almas. Mazatlán, puerto importante y comercial, donde andan todos aquellos buques mercantes que efectúan el comercio por la parte Occidental; á más de comercial, sus habitantes se dedican á la pesca de ostras y perlas, con las que obtienen buenas ganancias. Cosalá, ciudad minera en cuyos alrededores hay minas de plata y oro. Toda la parte Occidental de este Estado está cubierta de bosques riquísimos, que producen guayabas, y desde larga distancia se percibe el olor de la esencia del naranjo y el limonero, que, como la guayaba y las palmeras, forman bosques, siendo un bonito panorama, destacándose el oro de la naranja del verdor de sus hojas, confundido con la flor de azahar; pero en cambio, como hemos dicho anteriormente, su interior es el paraje más árido que puede decirse que existe; la montaña se levanta majestuosa y desnuda de toda hoja; solamente la mole de la roca granítica, suele interrumpir al observador la vista de la arenosa tierra.

En cambio, Jalisco, situado al S. de Sinaloa, apenas tiene terreno árido y que no asomen á su faz la planta, fruto del trabajo del hombre, ayudado por la fecundidad de su suelo; sin la ayuda de la Naturaleza, sería estéril todo trabajo del hombre sobre la tierra; considerada por éste como su principal capital, es inútil el dar aquí explicaciones que todos saben, pues es impotente el hombre para hacer nacer los agentes naturales sin la mediación de la Providencia.

Jalisco posee grandes bosques llenos de toda clase de maderas de construcción; pero donde éstas existen, que es en la costa, suele ser malsano, así como en el interior es un clima delicioso; en este país las manufacturas son pocas, y únicamente en la capital, Guadalajara, se distingue por la porcelana, telas estampadas, y en particular en sus cueros, que los curten divinamente; esta ciudad se levanta á orillas del lago Chapala, y es muy pintoresca, y en el interior hay grandes almacenes, completamente llenos de toda clase de productos europeos y asiáticos, siendo, tanto por la riquezas que encierra, como por su población, una de las primeras de Méjico; en edificios merecen citarse la catedral, de arquitectura rara, pero de conjunto maravilloso; en sus espaciosas naves y en sus galerías ostenta la joya del arte español, la pintura; ese delicioso rayo divino, que cruzando todo el espacio que existe desde el Trono de Dios hasta la tierra España, une en fuerte lazo el espíritu del hombre con la bondad del Ser Supremo; el campo, con sus dilatados horizontes y cubierto por la flor, la espiga, la piedra; el hombre de ciencia y el guerrero, cubierto de hierro; el mar bravío y soberbio, la embarcación ligera, y el santo que dedicó su existencia en penitencias y rezos, todo, absolutamente todo, el hombre con su mano estampa en el lienzo, guiado siempre por el genio que tiene innumerable, la riqueza de la pintura, que refleja en su lienzo á la Naturaleza, así como el espejo al hombre, ó á la mujer coqueta, que se mira para admirar sus propios encantos; en una palabra, el arte, cualquiera de ellos, encierra en sí, no ya el talento del que lo ejerce, sino de lo sobrenatural que lo inspira; la pintura y la música, juntamente con la poesía, es lo que más lleva al alma las delicias del cielo prometido; la pintura canta al que observa la copia de una cosa; la música hace arrancar las lágrimas, y cada una de sus notas es una voz seráfica, y ya en el salón del potentado, ó ya en el templo de Dios, el alma del hombre se eleva como las notas y el incienso por la bóveda de las iglesias; la poesía, hay en ella algo más que en pintura y música; hay la expresión; hay los hechos pasados, presentados, dibujados y explicados; existe la animación, la historia en una palabra, el adelanto de los pueblos.

San Francisco, hermoso convento, que tiene cinco

iglesias, compitiendo dignamente con la catedral en riquezas y bellezas; la ciudad tiene, como todo pueblo adelantado, Museo, Seminario, Hospital y otros edificios útiles todos á la sociedad.

Entre Jalisco, Guerrero y el gran Océano Pacífico, existe un terrít rio que está situado á las faldas del volcán Colima, el cual toma el nombre del territorio; Colima es pequeño, pero rico; en su suelo se encuentran productos, y comercia con sal; la capital, que lleva el mismo nombre, se halla en las costas, y tiene unas 24.000 almas; Manzanillo es el que da salida á la industria y á todo producto que en el territorio exista.

Michoacan ó Mechoacan es el Estado que tiene tres climas, á causa de la variación del terreno, según su elevación; hay minas de plata, y con especialidad se encuentran en Tlalpuscalhua. Es este el país más bello de Méjico, y no sin razón le dan el nombre de Jardín de la República mejicana; al O. hay los volcanes Tancitoro y Jorollo, aunque no es de extrañar que los haya, pues todo el suelo mejicano se encuentra recorrido de montañas, en cuyas cumbres se abre el ancho cráter. Las ciudades principales son: Valladolid, ó también Morella, con unos 24.000 habitantes; su clima es bueno y la ciudad, como la mayoría de los Estados que componen la República; sobre un precioso y pintoresco lago se levanta la ciudad de Pazcuero.

Guerrero, Estado situado en la costa y al S. de Mechoacan y Colima, y rodeado por Méjico, La Puebla y Vajaca.

A pesar de no ser muy fértil, da algodón, tabaco, maíz, frutas, semillas, etc., y así como también el ganado, ya lanar, ya vacuno, que paca por sus campos, que tienen abundancia de pastos.

La capital, Tixtla, según unos autores, y Tixtía, según otros, es país sano. Acapulco, puerto importante, y construído, podemos decir, con roca granítica, da espaldas á una cordillera; pero se halla decaído á causa de su insalubridad, que, como es sabido, no es bueno para los extraños y aún para los naturales, pues sin duda las aguas de aquella costa no son buenas, ó que los peces se mantienen de algún alimento submarino que les produce la muerte, saliendo á flote, y que al descomponerse, sus miasmas se confunden con el aire, perjudicando á la población. En este puerto es digno de citarse un fuerte, que se defiende con las negras bocas de sus cañones; ese instrumento de la guerra, que destruye en pocas horas las obras titánicas que el hombre levantó durante muchos años y envuelve en negro humo á la paz, que es el progreso y el bienestar de los pueblos; arma aterradora, que debiera servir para dar pompa y solemnidad á los actos de la ciencia y el arte, y no para la destrucción de los países, acabar con su riqueza y quitar la vida del hombre, haciendo con esto una profanación, pues nada es el hombre para quitar aquello que no es suyo y que ninguna participación en ella tiene, sino que sabe que vive para un fin, y debe buscar marchar siempre adelante, buscar su felicidad, no con la fuerza, que es arma del bruto, sino con el raciocinio, la diplomacia, que es el arma que le corresponde en sus altos designios; este fuerte es el San Diego.

Vajaca, la naturaleza aquí ha abierto su mano; suelo fértil y pintoresco, cubierto todo él por azúcar, trigo, algodón, frutas, cacao, y la morera donde se sustenta el gusano de seda; su principal producción y riqueza consiste en la cochinilla. No consiste solamente en la producción, la que contribuye á hermosear su suelo, sino también las altas montañas cubiertas de piedra, á cuya blancura refleja el rayo del sol, y en que sus venas se esconden el oro y la plata, y á más, que los ríos que recorren aquel terreno, llevan en sus arenas el oro, que se encargan de coger las mujeres. así como también se encuentra el cristal de roca, de modo que en el Estado de Vajaca existen los productos que siembra el hombre y los productos que sembró Dios.

Vajaca, la capital, que tiene unas 27.000 almas, sobre el río Chacalapa, es una ciudad donde se deja reflejar la riqueza de los pueblos, que es capital, calles como las de La Puebla, anchas, rectas y limpias, adornadas con hileras de arbustos, que la hacen más bella y agradable; edificios todos elegantes y sencillos, y aquellos que están dedicados á las oficinas del Estado, ó al Palacio ó Museos, son los más sólidos, al mismo tiempo que imponentes; entre estos, citaremos el Palacio del Obispo, Seminario, acueducto, catedral; esto en el interior, y en el exterior bella campiña, cubierta de diversidad de frutos, y en donde hay mucha cochinilla, y en el valle de Vajaca se coge lana fina, y se crían ganados caballar y buen pasto.

Como es este terreno volcánico, se dejan sentir los temblores de tierra con alguna frecuencia; esta ciudad se halla cerca de las ruinas de Mitla, que juntamente con las que narraremos más adelante, pertenecientes á Santo Domingo de Palenque, en Chiapas, han llamado la atención de todos los que las han visitado. Las de Mitla son curiosas; el Palacio es un edificio espacioso, y sus paredes cubiertas con geroglíficos y adornos raros, todos ellos hechos de mosaico, cuya ejecución es primorosa, así como también hay unas columnas, descubrimiento notable, que ha sido tachado por los inteligentes como uno de los monumentos más curiosos del Nuevo

Mundo. Mixteca, aquí hay mucha cosecha de cochinilla y hacen comercio con ella.

Tehuantepec, perteneciente antes á Vajaca, y hoy independiente de este Estado, y forma el golfo que lleva su nombre, es el depósito de los productos mejicanos y de la República vecina de Guatemala. Su suelo es fértil, y lo cruza la Sierra Madre, estando cubierto su terreno de cocoteros y palmeras, y es muy agradable contemplar desde una altura de la sierra que recorre el país, pues se divisa un panorama delicioso: bosque de palmeras, que se mueven ya suavemente, ya con más impulso, según el viento, y pueblos que, como el nido de la paloma, están en la falda, ó como el del águila, sobre las alturas; todo esto, interrumpido por las ondulaciones del terreno, hiriendo otras veces el hilo de plata que corre por entre las plantas, apareciendo y desapareciendo á los ojos del que admira tanta belleza.

Chiapas, el suelo de este Estado está cubierto de bosques, de cedros, pinos, cipreses, que da riqueza al país. Su capital es Chiapas de los Españoles y San Cristóbal de Las Casas, tomando el nombre de Las Casas por haber sido su primer Obispo el célebre padre Las Casas, que tanto hizo en aquel país para el engrandecimiento de España y en beneficio de los indios, que tenían en él un protector decidido.

Entre otras ciudades merecen citarse Chiapas, de los indios, sobre el río Tabasco, y conocida por sus azúcares; la ciudad, más rica, sino en productos vegetales y minerales, si en sus ruinas asombro del viajero es Santo Domingo de Palenque, pues en sus cercanías existe inmensa llanura, en la que se extienden las bastas ruinas de una ciudad, cuya extensión es de unos 33 kilómetros de circunferencia, se ven esparcidos puentes, pirámides, palacios, acueductos, fortificaciones y extensas plazas; pero entre todas estas hay un edificio grande, que mide 100 metros de longitud, por 60 de ancho y 10 de alto (1); en su interior hay salones inmensos, su estilo árabe y todo revela haber sido uno de los edificios más ricos en riqueza y grandiosidad en la antigüedad, y en él y en otros, sus adornos son curiosos, entre los que sobresalen las efigies de reyes, con sus coronas, cruces y dibujos, que deben representar palabras en el idioma de aquellos que lo construyeron.

Aquí, como en muchos de los puntos que hemos tratado de las ruinas y curiosidades que encierra el que fué Imperio Mejicano, nos hemos concretado á darlos á conocer, sin haber expuesto algunos conceptos. Como se ha observado, todos, ó la mayoría de los monumentos que existen desde antes del descubrimiento por Colón de la América, son de un estilo que caracteriza en todo al egipcio y al asiático; á más, el Imperio de Motezuma ó Montezuma estaba á la llegada de los españoles en un grado de civilización bastante adelantado para no tener el roce con pueblos cultos; todo esto, no ya á nosotros, sino también á hombres eminentes, han creído que debían ó debieron tener relaciones con el Japón, ó que tribus del Asia, diezadas por el hambre ó otra circunstancia, pasaron el estrecho de Behring, y llevaron al Imperio mejicano los adelantos de los pueblos asiáticos, que mantenían comercio con Egipto y Europa.

Esto es lo primero que se nos viene á la mente, una vez estudiado las ruinas que contiene Méjico, y que, como veremos más adelante, y la civilización del Imperio de Motezuma á su llegada á aquellas costas del capitán Hernán Cortés.

Bajo el cetro del Emperador Carlos V y su sucesor Felipe II, se encuentran quizá las más altas figuras militares que registra la historia de España; decimos en estos dos reinados, porque, si bien es cierto que en el de los Reyes Católicos existían, como son el Marqués de Cádiz, Alonso de Aguilar, el Conde de Cifuentes, Teílez de Girón, Gonzalo de Córdoba y otros muchos que sería tarea difícil enumerar, así como entre sus marinos se cuenta en primer término á Colón y Vasco Núñez de Balboa, y después hay muchos que citar, como son los hermanos Pinzón, etc.; pero muchos de estos heredó Carlos I y muchos salieron á luz en su reinado, como Hernán Cortés, Pizarro, el condestable de Borbón, y otros muchos; fueron los reinados que más hombres eminentes sobresalieron, ya en las armas, ya en la literatura y ciencias, pues si de estos citáramos, no concluiríamos nunca; pero hemos nombrado á Hernán Cortés, y á éste es el que buscamos, pues es el héroe de la historia que sucintamente vamos á relatar.

Hernán Cortés nació para su patria, y cumplió con el destino. Colón abrió el camino. Cortés por ese camino llevó la civilización; es casi peligroso aventurarse en esta materia de la conquista, porque unos ven en ella las glorias de las armas, y otros los horrores de la guerra; es cierto que hubo horrores; es cierto que hubo abusos, ¿pero en qué conquista no los hay? No es esto el querer disculpar á los que allí fueron por ensanchar á la España, sino que muchas cosas de las que hicieron, las hicieron en contra de su voluntad y empujados por los mismos naturales. Cortés llevaba la paz; los indios quisieron la guerra. Cortés tuvo que seguirla, y si es cierto que había superioridad en armas por parte de los españoles, también había mayor número en las filas de los

(1) Malte Brun.

indios, que con sus mortíferas flechas no dejaban de disminuir las tropas castellanas; pero todo esto se verá según vayamos leyendo la historia del eminente Capitán, pues tenemos que seguirle por ser él el héroe de la conquista de Nueva España, en cuyos terrenos no existen ya las razas de aquella época, sino la de los españoles.

Hernán Cortés estudió en Salamanca, ciudad célebre en aquel siglo por encontrarse en ella los hombres de saber, y adonde acudían los que querían llevar á su espíritu la luz de la instrucción. Cortés estudió en esta ciudad; pero no se sentía inclinado al estudio, y su sangre bullía en sus venas con el ardor del guerrero; comprendió que las armas era su destino y á ellas decidió acogerse para lo que pidió á sus padres, Don Martín Cortés y Monroy y Doña Catalina Pizarro y Altamirano, permiso para ir á pelear por su patria á Italia; sus padres accedieron á su proposición y preparose para la marcha; pero al embarcarse, contrajo una enfermedad que le obligó quedar en la tierra, madre de muchas tierras. Este contratiempo le disgustó, pues deseaba ya dar á conocer el valor y el genio; ni una cosa ni otra creía poseer; era modesto, y esta modestia le elevaron al puesto que luego ocupó, pues se granjeó las simpatías de todos; y no subió á la altura por la intriga, como dice César Cantú, sino por su talento y valor. Restablecido de su enfermedad, pidió marchar á las indias españolas y le fué concedido, y preparose á la marcha, lleno de nobles deseos: no con la ambición del oro, sino con la de la gloria; ésta era para él el más alto galardón que pudiesen concederle, porque las almas nobles se bastan con su conciencia, y desprecian las envidias de los viles; esto Hernán Cortés pensaba, y esto puso en práctica á su llegada á Cuba.

RAMÓN DE SANJUÁN

(Continuará.)

LEYENDAS MUZARABÉS

LA BATALLA DE ALKANDECH

I

Corría el año 939 de nuestra Era, y el grito de Al-Djihed lanzado por el Khatib de la gran mezquita de Córdoba, se repetía, como un eco, por Imanes y muadzúnes en todas las mezquitas del Imperio. Se hallaba proclamada la guerra santa.

Una vez proclamada, el servicio militar era obligatorio para todo musulmán: era un deber religioso y no menos ineludible que el de los cinco rezos durante el día, que el de la asistencia á la Khotbah—remedo del oficio divino—una vez á la semana; que el del ayuno del Bhamadán—cuaresma—una vez en el año, y que el de la peregrinación á la Meca, una vez en la vida.

Aquel año, la afluencia de fieles fué inmensa. La guerra, á la que con tanta diligencia se aprestaban los musulimes por un sentimiento de piedad unido á la esperanza de obtener el celeste premio ofrecido á la fiel observancia de los preceptos religiosos del Korán, no era una simple querrela de raza ó de secta, de aquellas que tan frecuentemente solían poner las armas en las manos de los sectarios de Mahoma; era una guerra contra los extranjeros, contra los que ellos calificaban de infieles, enemigos á la vez de su dominación en la Península y de su ley. Así fué, que todas las tribus rivalizaron en celo y diligencia por alistarse bajo las banderas del Islám, ofreciendo á porfia cada cual su contingente de soldados voluntarios.

El *Al-Djihed* era la Cruzada de los árabes. Hombres de todas las clases y de todas categorías, se alistaban con igual entusiasmo. Al lado del estudiante, todavía vestido con el traje de colegial, se veía el comerciante de barba entrecana que se había enriquecido haciendo más de un viaje al Asia, y que procuraba ganar el Edén después de haber ganado una gran fortuna. Junto á un arriero manchego se veía á un pastor de las Alpujarras ó de Sierra Nevada. Los artesanos se confundían con los labradores; los fabricantes de papel en la industrial Játiva y los que cultivaban el cáñamo y el lino en los valles de Extremadura; los curtidores de Mérida y los que regaban la famosa huerta de Valencia; los mineros de Jaén y de Huelva, y los plantadores del algodón y de la caña de azúcar en las fértiles costas de Málaga; los que en Murcia tejían la seda y los que en la vega de Granada criaban el gusano y deshojaban para ello las moreras... todos y de todas partes venían á mezclarse en las filas del gran ejército, pronto ya á lanzarse como las olas del mar empujadas sobre los cristianos del Roum, y sobre el territorio que bañan las aguas del Duero y sus afluentes desde el Pisuerga hasta el Tormes y el Agueda.

La organización de tales ejércitos era tan notable y tan rápida como su alistamiento. Los cuadros de oficiales se componían de veteranos aguerridos, pero voluntarios también. Para el reemplazo de las plazas vacantes, la elección recaía en los hombres más robustos, más diestros y cuyos auxilios no fuesen necesarios á sus

padres ó á sus hermanos menores de edad. Aparte de que ninguno de aquellos devotos voluntarios se podía alistar sin el consentimiento de sus padres, y de que nadie se filiaba más que para el tiempo de una campaña; al término de la cual, el ejército se disolvía volviendo cada cual á sus hogares y á sus ordinarias ocupaciones, hasta que otra declaración de guerra, ofensiva ó defensiva, hacía indispensable el levantamiento de un nuevo ejército.

Para campamento de aquél que en la primavera del año 939 preparaba el califa Abderramán III, se había designado el territorio comprendido entre el Alberche y el Manzanares, á espaldas del Guadarrama, al abrigo de los montes y ricos valles que forman sus estribaciones y de las fortalezas que entonces defendían el paso de sus gargantas, por las cuales el ejército, una vez organizado y provisto, podía penetrar fácilmente en los fértiles campos que riegan el Tormes y el Duero, y estar pronto á caer sobre el condado de Castilla ó sobre el reino de León.

Cada día llegaban nuevas tropas y más y más pertrechos y vituallas al campamento. Desde el Al-Gharb hasta las bocas del Ebro, y desde las márgenes del Duero hasta Cartagena, cada día se engrosaban las filas del ya numeroso ejército. Acampaban en primer término los hijos del Yemen y del Hedjaz, tribus casi hermanas, pero eternamente rivales. Seguíanles los venidos de la Siria; pueblos de los primeros convertidos al Islám. Junto á ellos los que habitado habían el valle del Nilo y que abrazaron más fervorosamente el Korán; hombres todos de razas nobles y á quienes los árabes miraban como hermanos, por haber participado de sus primeras campañas y de sus más difíciles triunfos. Venían, por último, los bereberes del Magreb, raza innumerable, sometidos á la ley del Profeta, por la influencia de las cimarras y de los damasquinos alfanges. De pueblos tan diversos se componía el Imperio de Abderramán; Imperio del cual los africanos formaban el cuerpo y los orientales la cabeza; cuerpo y cabeza que, aun cuando unidos por el decantado vínculo de la religión y de la común creencia, lejos de formar un organismo viable y robusto, se vió bien presto deshecho en pedazos, desvenecado y aniquilado.

Lleas ya las filas, completos los escuadrones, dispuestos los bagajes y las provisiones, distribuido y organizado el formidable ejército en sus cinco partes esenciales—alas (derecha é izquierda), centro, vanguardia y reserva—un heraldo partió velozmente de Córdoba para hacer la intimación de guerra prevenida por el Korán al rey de León, Ramiro II, en nombre del califa Abderramán III. Como la intimación era una fórmula que los cristianos sabían ya de memoria, el heraldo no pasó de la frontera, y hubo de regresar á Córdoba, tanto más de prisa, cuanto que en las inmediaciones de Zamora supo que la Reina regenta de Navarra, la magnánima Theuda, acaudillando ella misma un cuerpo auxiliar de tropas escogidas, acababa de incorporarse á las legiones de Ramiro II, en las inmediaciones de aquella fuerte plaza, y que todo aquel ejército se movía cautelosamente por la margen izquierda del Duero.

Cinco días después del regreso del heraldo á Córdoba, los clarines y timbales de los escuadrones árabes, desplegados en orden de parada, saludaban al Kaid-al-Kowad—al generalísimo—que era en aquella ocasión—y fué la última que se puso á la cabeza de un ejército—Abderramán III, el califa sucesor del Profeta, el guardián de su ley, el Pontífice de los creyentes. Hacían su corte y formaban su Estado Mayor, como ahora decimos, su tío el Modhafer, su Hadgeb ó Ministro Nadjda de Hira; el wali de Salamanca, Mohamed-Al-Mondyr; el wali de Badajoz, los de Valencia y Toledo, y el celebre Abul-Hassán, wali de Zaragoza, que con escogida hueste se había incorporado al califa, en las cercanías de Madrid.

Después de la gran revista y de haberse asegurado el celoso califa de que el ejército estaba completamente armado, pertrechado y dispuesto, mandó á los caydes desplegar sus banderas, leer á las tropas el decreto de guerra, y distribuyendo aquel en tres divisiones, dió la orden de marcha.

II

Eran los primeros días de Julio del año 939, y un ejército musulmán, compuesto de siete mil caballos y cuarenta mil infantes, salvaban la cordillera del Guadarrama, atravesando rápidamente sus gargantas. Desde los llanos que había ocupado el campamento, á orillas del riachuelo de aquel mismo nombre, se veían las masas de caballería escalar las altas montañas, desplegándose sobre sus flancos en fajas ondulantes. Los rayos del sol naciente, quebrándose en las bruñidas armas y haciendo resaltar los variados y vistosos albornoces y turbantes, hacían visible á lejanas distancias la palpación de aquellas inmensas columnas. Y el eco de sus trompetas y añafles, mezclado por intervalos al de los himnos guerreros y religiosos que á una voz entonaba aquel grande ejército, hacían un inmenso concierto difícil de ser imitado. Por entre las densas nubes de polvo vibraban en los aires las voces, el acompasado sonido de

metálicos instrumentos, y el crugiente ruido de siete mil caballos en marcha, una armonía embriagadora, la formidable voz de un grande ejército.

Al descender las vertientes del Guadarrama próxima la vanguardia á la fortaleza de Avila, supo el califa por el Alcaide de aquella plaza, que una hueste de cristianos á las órdenes del Conde de Castilla se reunía apresuradamente al abrigo de la fortaleza de Simancas, y antes de que pudiera incorporarse al ejército del Rey de León—cuya situación le era desconocida—destacó una de sus divisiones, al mando de su tío el anciano Al-Modhafer, en dirección á Simancas; y otra, al mando del wali de Badajoz, Obeidá-ben-Ahmed, en dirección á Zamora, con orden de embestir la plaza, pero con el expreso encargo de caer sobre la retaguardia del ejército cristiano, si por acaso el califa, con el grueso del suyo, lo encontraba y acometía en los llanos que se extienden desde Salamanca á Zamora, como así lo proyectaba.

Mientras que el Modhafer volaba hacia Simancas, y corría á embestir á Zamora el wali de Badajoz, el califa se acercaba lentamente á Salamanca, oteado por medio de los adalides de su ejército el paradero, las fuerzas y la dirección del de Ramiro II; no queriendo sin noticia de todo ello dejar á su espalda el río Tormes, aun cuando en aque-la estación era vadeable, ni ir al encuentro del rey de León, sin conocer antes la posición de los dos cuerpos avanzados de su ejército y la suerte de sus armas en las respectivas empresas.

Transcurrió todo el mes de Julio sin que recibiera más noticia que la de haberse librado una reñida batalla bajo las murallas de Simancas, entre las huestes del Conde de Castilla y las que mandaba el Modhafer; pero sin saber el resultado. En medio de la natural zozobra que le causara tal noticia, puso en movimiento sus escuadrones por la margen derecha del Tormes, y le hizo vadear á su infantería y á sus máquinas de guerra más arriba de la fortaleza de Alba y no lejos de la desembocadura de la ribera Alhándega. De esta manera se colocó al abrigo del castillo fuerte de Alkandech y mandó ocupar por sus flaqueadores las colinas que á derecha é izquierda van estrechando el valle por donde oculta sus aguas aquel engañoso arroyuelo.

Era la noche del 4 de Agosto y de pronto, una especie de relámpago, una pequeña llamarada viva y brillante llamó la atención de las avanzadas en el último punto del horizonte, y como si aquella llama hubiera volado á saltos enormes, una línea de iguales llamaradas llegó de repente hasta el cuartel general. En el momento, la voz de ¡alto! corrió en las filas, y las formidables columnas en movimiento quedaron inmóviles á la voz de sus respectivos jeques y caudillos.

Los atalayas habían anunciado la descubierta de algún obstáculo inesperado. Encargadas de franquear la marcha del ejército, de explorar los movimientos del enemigo y de transmitir órdenes á los cuerpos ó divisiones del ejército, alejados del cuartel general, los atalayas marchan delante de él y á convenientes distancias para establecer líneas de rápida comunicación, por medio de señales convenidas con el General en jefe. El fuego era su medio de telegrafiar; pero el fuego preparado con el auxilio de la química que ya les había enseñado á servirse para ello del carbón, del azufre y del salitre—aunque todavía no de su compuesto formidable.

Apenas fué percibida la señal, el Hadjeb, que se hallaba al lado del estandarte del califa, salió á toda brida seguido de una pequeña escolta en dirección al sitio de donde había partido la señal de alarma, y no menos veloz que el fuego mismo, se le vió delante de la vanguardia trepar como un águila la áspera pendiente de un empinado cerro, al llegar á cuya cima el Hadjeb dejó escapar un grito de sorpresa y detuvo su caballo por maquinal impulso. Tenía á su vista el ejército cristiano acampado en las colinas y valles que estrechan la ribera de Alhándega hacia su nacimiento.

Era, en verdad, para causar sorpresa, el encontrarse con el ejército cristiano, acampado dentro de los límites de la frontera árabe, sin haber tenido ni aun noticia de que la atravesaban. Era, en efecto, para causar sorpresa aquella indomable constancia, aquella paciente energía de los montañeses españoles, en quienes no hacían mella alguna los reveses ni las derrotas, y que abiertas aún las heridas, y vertiendo sangre volvían á la eterna batalla contra el moro, como fieros lebreles acosan hasta rendir al javalí, que los desangra á dentelladas.

Y el Hadjeb no se había engañado; era el ejército de Ramiro II el que tenía ante sus ojos, perfectamente pertrechado y ocupando estratégicas posiciones á espalda y en derredor de tres altozanos, ocupados cada cual por una de las tres divisiones de que se componía el numeroso ejército.

La más nutrida de aquellas divisiones formábase un cuerpo de gallegos, astures y leoneses, en medio del cual se alzaba una gran tieuda, sobre la cual flotaba el estandarte de los Reyes de León, en el que, sobre fondo rojo, se destacaba una cruz amarilla y el lagarto emblemático de Santiago. Era la tienda de Ramiro II.

La división más cercana al valle de Alhándega la

formaba un cuerpo de castellanos, á juzgar por su bandera de leones y castillos.

Y un tercer cuerpo, al frente del cual ondeaba el pabellón de Navarra—águila negra con las alas abiertas en campo de gules y una cinta blanca que se extendía por cuello, alas y garras del águila—pendón que señalaba la tienda de campaña de la varonil Theuda (c), ocupaba el ala derecha.

El campo estaba perfectamente bien elegido por el caudillo cristiano, ya fuese para una sorpresa ó ya para una ordenada batalla. Muy superior en caballería el ejército de Abderramán, Ramiro II había soslayado, por entre seculares bosques de encina, las fortalezas árabes de la frontera; y dejando á su izquierda la de Ledesma y á su derecha la de Monleras, había evitado las llanuras de la Armuña y el ancho valle del Tormes que se extiende entre Salamanca y Alba para irse á situar sobre el flanco ó tal vez á espaldas del ejército musulmán.

El terreno en que el Rey de León había acampado el mismo día 4 de Agosto era grandemente accidentado y montuoso. La infantería cristiana se encontraba perfectamente abrigada contra la caballería morisca, la cual si acometía, tenía que encerrarse en valles por cada vez más estrechos, y que quedar expuesta de un lado y de otro á las flechas y las hondas de la numerosa infantería cristiana sin poderla atacar ni defenderse.

Iba ya entrando la noche, y el Califa, oyendo á sus caydes, acordó no avanzar más: tomar posiciones y explorar. Antes de que su ejército rezara la oración de la tarde, mandó fortificar su campo; se levantaron á su frente parapetos de tierra y faginas, abriendo zanjas á los costados del terreno que ocupaban las alas de su ejército. El Califa no durmió. Reunidos sus vazires y sus jeques, exploró sus ánimos, oyó sus pareceres y resolvió atacar al enemigo al romper el nuevo día.

La noche se pasó de una y otra parte en adoptar precauciones, inspeccionar las armas, recitar *suras* los imanes y cantar *salmos* los prelados. En medio de todo aquel azoramiento, precursor de un día de batalla, las luminarias de los atalayas y los parciales choques de las descubiertas, tenían á los Jefes en continua vigilia.

Al rayar el alba, pusiéronse en movimiento ambas huestes, y así jeques y caydes como Capitanes y caudillos, se apresuran á recorrer las filas de sus ejércitos, excitando el bélico ardor de los respectivos escuadrones que marchaban desaladamente á ocupar sus puestos. Resuenan por los valles y los montes los atronadores ecos de clarines y trompetas, de añafles y timbales, y los alaridos de la morisma, responde el «Santiago y tierra España» de los cristianos; el relinchar y piafar de los caballos, las voces de mando y los apresurados movimientos de los dos ejércitos hacen estremecer la tierra llevando el sobresalto á todos los corazones y el eco á lejanas distancias.

El Califa, montando un alazán brioso y veloz como el viento, va y viene á todos lados, enardeciendo á los musulmanes á la pelea y el primero al frente de un escogido cuerpo de sirios y yemenitas armados con arco, lanza y alfange, embiste de frente el centro del ejército cristiano, mandado personalmente por el Rey de León.

El embate de la caballería árabe era arrollador como el de las alas del huracán. Pero los cristianos contrarrestan el ímpetu de aquella pavorosa avalancha con asombroso tesón, y el Rey Ramiro con sus caballeros leoneses, encastillados en mallas y cascos de hierro, arrolla y vuelca cuanto se le pone delante. A su lado pelea el proscrito y fugitivo Omia-ben Hassan, hermano del wali de Santare, decapitado por orden del Califa, y al frente de un escuadrón de sus parciales descarga sobre sus correligionarios golpes que hace temerosos el anhelo de venganza. Van cejando los musulmanes á los embates de Ramiro y de sus caballeros leoneses, cuando llega Almondhyr acaudillando los ginetes de Córdoba, y Soleymán la guardia del Califa, compuesta de bereberes, armados de montantes, y abroquelados con sus adargas.

Rehácense los escuadrones de yeminitas y las apañadas filas de los leoneses comienzan á clarearse. Pero el Conde Diego Nuño acomete por el flanco derecho á los musulmanes; mientras que los montañeses navarros, acudillados por el bravo Estúñiga y enardecidos con la presencia de su Reina, arrollan los escuadrones de Almondhyr y caen sobre el costado izquierdo de la falange morisca que capitanea el Califa.

La batalla se embravece de nuevo con redoblado encono. Un montañés vuelca de un hachazo al valeroso Aben-Ahmed, wali de Mérida. El khaid de Valencia, Djehad, ben-Yahia é Ybrahim-ben David el Cortuovi que peleaban denodadamente caen mortalmente heridos á los lados del mismo Califa. Una nube de flechas lanza las de ambos costados del valle diezman y barren la masa enorme de ginetes árabes y bereberes acorralada por la infantería cristiana que al abrigo del monte las asedia y mata impunemente desde ambas laderas. Caen trasapado de una flecha el Hadjeb Nadjda de Hira, y el mismo Califa no se salva sino sacrificándose por rescatarle toda su guardia bereber y su íntimo amigo

(c) Theuda ó Toda, como dicen las crónicas, era madre de García, y como tal, en su menor edad Reina Regenta de Navarra, suegra de Ramiro II y de Fernán González.

el generoso Al-Mondhyr. Ceja primero y desbándose después la caballería morisca; á duras penas logra el wali de Zaragoza, Abul-Hassan, con un puñado de valientes sostener el embate arrollador de los cristianos, al amparo de la torre de Alkhandech, y á beneficio de tan heroica resistencia consigue el Califa ordenar la retirada.

Pero Abul-Hassan, perdidas tres quintas partes de sus tropas, queda prisionero de guerra; deshechos los escuadrones islamitas, la infantería huye á la desbandada, y Abderramán consigue reparar el Tormes á favor de las sombras de la noche, pero dejando en el campo de batalla y en su retirada tres quintas partes de su ejército.

T. R. PINILLA.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO SÉPTIMO

Los Jansenistas de Holanda.—Los Pitomonistas.—Los Revivámses.—Los Lazaretis y los Tyngs.—Los Svedemborgistas.—Los Baptistas.—Brigham y los Mormones.—Los hermanos penitentes y la moralidad religiosa en América.

(Continuación.)

En 1844, cuando pereció el primer profeta y fundador de la religión, José Smith en un motin promovido por los habitantes del Illinois contra los sectarios del mormonismo, fué elegido—no sin una ruda oposicion—por los jefes, para suceder al referido profeta. Empero ni la gran habilidad que desplegó Young, renunciando á vengar el asesinato de Smith, ni la suma prudencia con que en todo se condujo, pudo aplacar el odio profundo que inspiraban sus sectarios á los habitantes de dicho Estado, viéndose al fin obligado á disponer el éxodo de su pueblo hacia otra nueva tierra de promisión, abandonando sus casas y sus propiedades, y quedando en el país sólo algunos sectarios á fin de atender á la conclusión de su famoso templo de mármol, que es para los mormones casi lo mismo que la Caaba para los mahometanos.

Durante tres años, caminaron los mormones por regiones inexploradas, soportando en esta época los más terribles sufrimientos, llegando por último, diezmados por el hambre y las enfermedades, á las orillas del Lago Salado, que se halla al Oeste de la cordillera de los Andes y al Norte del Nuevo Méjico, dando á aquel país el nombre de *Deseret* ó país de la abeja, y que hoy se denomina el territorio del Utah, donde fundaron su ciudad santa, la *Nueva Sión*, que es en la actualidad una de las más bellas de América. Brigham Young ha sido de hecho el jefe supremo de aquel territorio, que ha sabido elevar á un alto grado de prosperidad con su sabia administración, dando él mismo á sus súbditos el ejemplo de laboriosidad y economía.

Cuando en 1850, el gobierno federal organizó el país de Utah en territorio, Fillmore, Presidente de los Estados Unidos, dió á Brigham Young el título de Gobernador; pero habiendo manifestado éste cierta hostilidad contra la Unión, fué depuesto en 1854; mas su sucesor, el coronel Stepton, tuvo que hacer en seguida dimisión del cargo y marcharse del país pidiendo inmediatamente los jefes de los mormones el restablecimiento de Young, y no accediendo el Presidente de la Unión á su demanda, expulsaron aquellos á cuantos funcionarios les enviaron después, hasta que en 1857, fué enviado Alfredo Cumming con un cuerpo de ejército, sometiéndose por fin la población, y permaneciendo allí las tropas hasta 1860.

Durante la guerra civil de los Estados Unidos consiguió Young permanecer completamente neutral. Después de terminar ésta, puede decirse que no han tenido los mormones más jefe espiritual ni temporal que Young. A instancias suyas decidió el Congreso de los Estados Unidos construir un ferro carril que fuese desde el Misouri al Pacífico, pasando por cerca del Lago Salado, línea que se concluyó en 1869, y con la cual empalmó un ramal que Brigham mandó construir desde *Nueva-Sión*.

En estos últimos años se ha propuesto el gobierno de la Unión impedir la poligamia entre

los mormones; pero éstos han opuesto una viva resistencia, produciendo ésta algunas persecuciones.

En 1872 emprendió Brigham una peregrinación á Palestina, á cuyo viaje se atribuyeron miras y trascendencia que no han confirmado los acontecimientos, pues los mormones han continuado tranquilamente en su territorio. ¿Tendrán la fortuna de encontrar un digno sucesor á su segundo profeta? Los futuros acontecimientos se encargarán de contestar á nuestra pregunta.

Hé aquí ahora algunos datos acerca del testamento del profeta, leído en presencia de todas sus esposas, hijos y algunos amigos. Nombró como albaceas á su hijo Brigham Young, Geo. O. Cannon y Alberto Carrinton. Las propiedades se componen, en su mayor parte, de bienes raíces, que probablemente valen dos millones de pesos. Fué hecho el testamento hace cuatro años; su hijo menor, habido en su esposa Mary Van Cott, tenía entonces tres años. El profeta fué padre de 56 hijos y deja 17 esposas, 16 hijos y 28 hijas. El testamento tiende á hacer una distribución equitativa de los bienes, entre todas las esposas é hijos, sin dar preferencia á ninguno. A casi todos se les había ya asignado alguna propiedad, que ha sido evaluada y se cargará á cada uno de los beneficiados como aparte de lo que les ha de tocar, aunque no fijamente en las tasaciones que hizo el difunto. La liquidación se efectuará al hacerse la divisoria, tan pronto como el hijo menor cumpla la mayoría de edad.

Conviene que sepa el lector que hoy viene recibiendo el mormonismo grandes elementos de prosélitos y sus pontífices han celebrado estos días una especie de gran concilio, con asistencia de todos sus obispos y de la mayor parte de los creyentes de Utah. El objeto era consolidar y extender el poder de la secta. Al efecto, han acordado enviar misioneros que prediquen su doctrina por todas partes del mundo, y ya están designados: 14 para Inglaterra y Escandinavia; 20 para los Estados Unidos; ocho para Alemania y Suiza; uno para el Canadá; dos para Austria, y dos para la India inglesa. Es de notar que Irlanda, España, Italia, la América del Sur y demás países eminentemente católicos, no tendrán misioneros mormones.

En tanto que este concilio se reunía, la comisión nombrada por el Congreso de los Estados Unidos de América, para dictar medidas que hagan desaparecer la poligamia y la iglesia de los mormones, ha comenzado sus trabajos en Salt Lake City, capital del territorio de Utah.

Los jefes del mormonismo, con este motivo, han dirigido una proclama á los fieles para alentarlos á resistir legalmente al Gobierno federal. Comienza este manifiesto por una defensa de la institución de la poligamia, que el Congreso espera destruir merced á un artículo de la ley recientemente votada con el nombre de *Edmund's Act*, según el cual, todos los electores de Utah estarán obligados á afirmar bajo juramento ante la comisión que no son ni bigamos ni polígamos. Pero el fin de la proclama es la parte más notable del documento, porque invita á los mormones «á formar una falanje poderosa para la defensa y el mantenimiento de sus derechos políticos, y á emprender como patriotas y hombres libres, una acción común para salvar las pocas libertades que se les dejan todavía.»

Se ve por esas palabras que la lucha entre el poder federal y los mormones comienza desde ahora á tomar un carácter acrimonioso, manteniéndose todavía en los límites de la resistencia legal. Falta saber si esta resistencia no saldrá jamás de estos límites, y si el Gobierno de los Estados Unidos no se verá obligado á recurrir á medidas militares para poner en ejecución las decisiones del Congreso. Esta última hipótesis no es inadmisibles, si se recuerda que ya, en un caso semejante, la autoridad federal tuvo que enviar un cuerpo de tropas para sofocar la rebelión y traer al profeta Brigham Young mismo ante una corte de los Estados Unidos bajo la acusación de bigamia.

En aquellos momentos la religión mormona estaba todavía en la infancia, mientras que hoy cuenta en solo el territorio de Utah 135.000 fieles, contra 25.000 gentiles ó miembros de otras religiones; funda colonias mormonas en Arizona (Nuevo Méjico), Idaho y otros territorios contiguos al de Utah y recibe cada año más de 3.000 convertidos que le envían sus misioneros que recorren toda Europa.

Así, ante semejante desarrollo, aquellos mismos que predecían antes, que el Gobierno de los Estados Unidos daría muy pronto razón del mormonismo, deben haber reconocido su error; porque á la hora esta, ese poder teocrático, que recuerda la famosa orden de los templarios de la Edad Media, pareció bastante temible al Congreso, que juzgó necesario intervenir, diciendo que la práctica de la poligamia invalida el derecho del sufragio, no obstante estar garantizado por la Constitución á todo ciudadano americano. Se comprende, pues, cuántas más dificultades va á presentar esta nueva intervención del gobierno federal que en las tentativas precedentes, cuando los mormones eran menos fuertes que hoy, cuando no habían aún transformado los desiertos de Utah en «un jardín rico y productivo,» y cuando las matanzas de algunas caravanas de emigrantes que atravesaban su territorio, habían hecho á los discípulos de Brigham-Young odiosos á todos los americanos.

VIII

Pero en el opuesto territorio de la República central otros hombres fomentan diversas sectas, no ménos raras que la mormona. En Denver (Colorado), territorio de Nuevo Méjico, hay cerca de 2.000 personas pertenecientes á la llamada religión de los *Hermanos penitentes*, cuyos principios son ganar el perdón de los pecados infligiéndose las más atroces torturas corporales.

Al principio formaban parte de la Iglesia católica; pero el Arzobispo Laney, horrorizado de sus crueldades, promulgó un decreto que los expulsó del seno de la Iglesia.

Desde entonces disminuyó grandemente el número de los adeptos á aquella congregación y aquellos que ahora pertenecen á ella están reducidos á cuatro condados.

Toman las mayores precauciones para no hacerse conocer y van siempre á las funciones con la máscara puesta. Cuando llega la época prescrita para *castigarse*, andan cientos de millas para someterse á las penas prescritas.

Una pequeña aldea mejicana, Los Griegos, es el centro á donde los penitentes van á celebrar sus sangrientos ritos.

El 24 de Marzo esas ceremonias fueron inauguradas con una procesión, en la cual tomaron parte unos 30, entre hombres y mujeres.

A las diez de la mañana empezó la *purificación* por medio de la tortura.

Cinco hombres, desnudos hasta la cintura, descalzos y enmascarados se vieron salir de la casa donde reside la secta, escoltados por el maestro de ceremonias, el cual blandía un látigo de siete sogas.

Dos de los penitentes llevaban cada uno una cruz de 250 libras de peso, cuyos filos hacían salir sangre de los hombros de los infelices.

Uno de ellos blandía una especie de punzón agudísimo que iba hincando en las carnes de sus compañeros durante la procesión. La sangre corría por sus miembros hasta el suelo; pero ellos parecían no apercibirse; seguían cantando sus himnos en español.

De trecho en trecho la procesión se paraba para cambiar los portadores de las dos cruces, y mientras tanto los vigilantes manejaban los látigos sin misericordia, llevando consigo á cada golpe pedazos de piel y hasta de carne ensangrentada.

Pero todo esto era nada. Un espectáculo capaz de horrorizar á cuantos lo presenciaban era el que se ofrecía cuando los penitentes llegaron á la mitad de su peregrinación.

Un vasto campo estaba cubierto de guijarros de largas espinas, plantadas muy juntas, y cuando los portadores de las cruces llegaron

tuvieron un momento de vacilación y se detuvieron, pero una docena de latigazos en la espalda los decidieron.

Con el coraje del fanatismo, ó de la desesperación, entraron en el campo espinoso, seguidos del resto de la procesión y dejando una señal sangrienta por donde pasaban.

Mas las torturas eran terribles y el canto subía de tono, sin que por esto los de los latigazos interrumpiesen su trabajo.

A la puerta del templo, guardado por un centinela, se disolvió esta manifestación y sólo quedaron, para atestiguar tanta barbarie, grandes regueros de sangre en todo el camino por ellos recorrido y en el pavimento del mismo templo.

Fué este uno de esos rarísimos casos en que el buen sentido natural del pueblo suple al idiotismo de los legisladores y de las autoridades constituidas.

En fin, mientras nadie pensó en prevenir ó por lo menos hacer cesar el atroz espectáculo, la población enfurecida cojió á uno de los atormentadores y lo colgó de un árbol.

Por todo lo expuesto se vé que va cundiendo en el Mediodía como en el Norte de la América, la inmoralidad en todas las clases. Parece que la atmósfera de la Unión americana, impregnada de miasmas deletéreos, así en el orden físico como en el moral, amenaza destruir la sociedad, destruyendo sus más sólidos cimientos. La religión que allí implantaran los puritanos poseídos del austerismo más sincero, se viene abajo sin que haya poder humano que lo remedie.

Entidades de la talla de los Beecher, Vosburgh y Mac-Koskry la han desprestigiado de tal modo en el ejercicio de sus respectivos ministerios, que harán que el pueblo pierda la fe con que se aferraba á sus doctrinas, y salvando las barreras de la hipocresía con que aún se escuda, se declare libre-pensador ó se acoja á los dinteles de la religión que implantaron en América nuestros mayores, sin cuya ayuda no hubiera sido posible ni la conquista ni la civilización de estas regiones.

Un concilio de obispos de la secta episcopal, celebrado poco ha, cerró últimamente sus sesiones expulsando de su seno nada menos que al Obispo de la diócesis de Michigan, á la avanzada edad de setenta y cuatro años, con treinta de servicios en su ministerio, y por el ignominioso cargo de inmoralidad.

El concilio se componía de treinta Obispos, bajo la presidencia del de Kentucky, Sr. Smith, que leyó en público la sentencia.

Con el anterior acontecimiento, que viene á apoyar nuestras predicciones, coincidió otro el mismo día.

En el Parque Central fué arrestado un clérigo que dijo ser teniente cura de una importante iglesia episcopal de esta metrópoli, acusado de accionar de una manera indecorosa con una mujer con quien había ido allí de paseo.

Pero las extravagancias de estos sectarios cristianos no se las puede tratar en serio, y solamente las indicamos aquí para apuntar de paso hasta dónde llega el extravismo moral de la humanidad.

NICOLÁS DÍAZ PÉREZ.

LA CRUZ DE LA ERMITA

(Conclusión.)

Nuestro gentil trovador
Tiene su honra empeñada,
Y en esta triste jornada
Lleva la parte peor.

Porque su tenaz contrario
Se defiende de tal modo,
Que sin querer, está en todo:
Es un temible adversario.

Que al doncel la sangre inflama
Y aun cuando vencerle espera,
Daría su vida entera
Por saber cómo se llama.

Que desde que espada ciñe,
No encontró nuestro doncel
Adversario como él,
Y todas las noches riñe.

Descansan; en guardia están,
Y no es fácil presumir
Quién de los dos va á morir,
O si los dos morirán.

Porque tal es la intención,
Tanto llegaron á odiarse,
Que pueden atravesarse
Mútuamente el corazón.

Pues yo lector no respondo,
De lo que harán, ó no harán,
Sí, como pueden, se van,
A un tiempo los dos á fondo.

Los dos, la espada en la diestra,
De todo temor exentos,
Pasados pocos momentos
Se lanzan á las palestra.

Y luchan breves instantes
Y la lucha se engradece,
Y aquella lucha parece
Una lucha de gigantes.

Por ambas partes se lidia
Con tal valor y fiereza,
Con tal vigor y entereza,
Que á un titán dieran envidia.

Hasta que con actitud
Altiava, serena y ruda,
Decide el doncel la duda
En pro de la juventud.

Que descompuesto el contrario
A quien rendir le interesa,
Advierte con gran sorpresa
Que es todo un sexajenario.

Y aunque con denuedo embiste,
Dando á su denuedo plaza,
El trovador le rechaza
Y el contrario no resiste.

Y dominado, rendido,
Retrocedió el embozado:
Si en buena lid desarmado
En su altivez no vencido.

Ante tan rudo valor
Inclinó su espada el mozo;
Bajó el contrario el embozo
Y éste era... el Emperador.

Con paternal regocijo
Exclamó vencido, inerme:
¡Sólo ha logrado vencerme
Un hombre, y ese es mi hijo!

Los dos los brazos se dan;
Restablecióse la calma,
Oyose un ¡padre del alma!
y un «¡bravo, bravo D. Juan!»

VII

De doña Luz la estancia recibe á los ruales
Que sus aceros antes cruzaban con furor;
De su entusiasta júbilo los dos daban señales,
Cual buenos camaradas, como amigos leales
Se abrazan sin rebozo, sin idio ni rencor.

Y doña Luz en tanto, atónita y confusa,
Duda si aquello es sueño, quimera ó realidad;
Que su razón turbada dar crédito rehusa
A lo que ven sus ojos, que la razón recusa
Aquello que no alcanza, aunque sea verdad

Ignora en su inocencia, no acierta cuenta á darse
Cómo el doncel amante penetra en su mansión;
Cómo estando dispuestos, no hace mucho á matarse,
Prosiguen abrazados y tornan á abrazarse,
Y todo para ella es duda y confusión.

El trovador amante demuestra su alborozo;
Con avidez, sus ojos devoran el recinto
Donde su amor se encierra, y le enloquece el gozo.
Y la ingenua alegría que manifiesta el mozo
Con rostro grave y serio, contempla Carlos V.

Aquella faz severa, que el mundo con su fama
Allá cuando era César todo el orbe admiró,
Nublose de repente y entristecido exclama:
—«Yo me tengo la culpa, si el mundo cruel te infama»
Y en brazos de la dama como un niño lloró.

Don Juan al ver su llanto, absorto, enternecido,
Admira el bello grupo, la escena singular;
La niña adolescente y el viejo encanecido,
Con un estrecho abrazos dos se han confundido
Y el trovador no sabe, qué hacer ni qué pensar.

VIII

Horas y horas conversaron
Con la mayor alegría:
Los tres se reconciliaron,
Y hacía Yuste se alejaron
Los dos al rayar el día.

Quedó doña Luz llorosa
Y ellos á todo correr
Por la senda pedregosa,
Ni nombraron á la hermosa
Ni se volviéron á ver.

Si aquella faz sonrosada,
Si aquella sombra bendita,
Si aquella imagen sagrada,
Los despide arrodillada
Junto á la cruz de la Ermita.

Los dos á Yuste llegaron
Rendidos y sin aliento;
Con prontitud se apearon;
Llaman, les abren y entraron
En el zaguán del convento.

Por claustros y galerías
Resuena su breve paso,
Y patios cruza y crugías
Aquel que en mejores días
Mandara de Oriente á Ocaso.

En una celda mezquina
Del ascético recinto
Donde sólo Dios domina,
Con gran fervor se reclina
Y ora y llora, Carlos V.

Don Juan al verle llorar
Rezando al Dios de la cruz,
Túvose que arrodillar:
—Basta—dijo al terminar
—Hablemos de doña Luz.

IX

—Vástago de imperial rama,
Es necesario ser hombre.
Que de doña Luz te olvides
Que junto á tu hermano tornes
Que así lo exige tu honra,
Que le obedezcas, y entonces
Demuestra D. Juan, que eres
Digno de nuestros mayores
Y sobre todo de mí,
Como lo mostraste á noche.
Los moriscos se rebelan;
Eres bravo y eres joven,
Eres mi hijo y deseo
Que á esos rebeldes me domes
O no dejes uno vivo:
Cuando esto cumplas, entonces...
Cuando el laurel de la gloria
Tu ilustre frente corone,
Cuando la fama conquistes,
Podrás pensar en amores.
Mientras tanto; calma hijo,
Calma, Juan, aún no conoces
A cuánto nobleza obliga:
Las juveniles pasiones
Lazos son, que al hombre atan,
Lazos que jamás se rompen,
Y hay Juan, un Dios que castiga,
A quien su deber desoye.
—¿Y no he de volver á verla
Padre mio?

—¿Quien se opone?

Despidete; más al punto
Marchando á jornadas dobles,
Le entregarás este pliego,
Y al momento de la Corte
Saldras contra el enemigo;
En él van mis instrucciones.
—¿Y si se niega mi hermano?
—Tu hermano jamás se opone
A cumplir cuanto yo mando.
Felipe, sólo en el nombre
Será rey mientras yo exista:
Desde el claustro mando al orbe
Y ¡ay del que no me obedezca!...
Marcha Juan: el tiempo corre
Y temo que tu tardanza
Mis esperanzas malogre.
Al despedirte de Luz,
Ni esperanzas, ni ilusiones,
Ni juramentos, ni nada.
Fuerte y duro como un roble.

Despídete, sin un beso,
Que el corazón no se rompa
Por un beso más ó menos
Y sobre todo, lo noble
Es respetar á su dama,
Juan, hasta en sus intenciones
—¡Adiós padre!

—Adiós Don Juan,

Que la victoria corone
Tu cabeza, y sí al tornar...
Sí al tornar y Dios nos oye,
No me encuentras, hijo mío,
Juan mío, que me perdones.
—Padre, vuestra bendición.
—Recíbela, y día y noche
No descanses: llega y vence;
Sin rendirse, no perdones
A esos rebeldes ingratos,
Mata y degüella: no ignores
Que da la gloria placeres
Qué da la gloria blasones;
Laureles que sólo brotan
De acero, de sangre y bronce,
¡Dichoso aquel que en España
No deje más que españoles!
Partió el mancebo y Don Carlos
Desde un balcón despidióle.
Ya se aleja; hora... y luego
Fuese á rezar con los monjes.

X

¿Por qué Don Juan camina cual ciego torbellino
Por las quebradas lomas á gusto del bridón,
Que á su placer elige la senda, no el camino,
Que debe conducirlo en alas del destino
A donde está su alma, su dicha, su ilusión?

Don Juan, sueños de gloria, sin cuenta, darse sueña;
Sueña sueños de gloria, y al soñar con su Luz,
Su loca fantasía con decisión se empeña,
En que su Luz le espere, siendo su santo y seña
Amor, constancia, gloria, y esperarse en la cruz.

Eterno amor juraron ante *La Cruz* bendita:
Los dos el juramento juraron fiel cumplir
Que Don Juan, ante todo, desea y necesita
Hallar á su regreso, á Luz, *La Cruz, la ermita,*
Y sin esta promesa, Don Juan no ha de partir.

En pos de esta esperanza camina el caballero
Y su bridón brioso devora el pedregal,
Y al cruzar la cañada y el pintoresco otero,
Don Juan, fiero, arrogante, acarició su acero;
Que allá en el horizonte vese á Navalmoral.

Navalmoral, de lejos, parece una bandada
De palomas torcaces arrullando al amor;
Y allí su Luz se encuentra, en él mora su amada,
Y por ella acaricia su fulminante espada;
El rayo de la guerra, de la morisca horror.

No hay en mi lira notas; no expresa ya mi lira
El deseo impaciente, ni el anhelante afán,
El amor comprimido; lira que amor no inspira
Ni siente bien ni pinta: á Doña Luz admira
Mas expresar no sabe el dolor de Don Juan.

Cuando tras las montañas oculta el sol su frente;
Cuando parece darnos su eterna despedida;
Cuando *la cruz* vislumbra allá lejanamente,
Con brio inusitado, el rubio adolescente,
Rudo plantó el obero, al recoger la brida.

Su vista penetrante fijó solo un minuto;
En *la cruz* se dibuja un fantástico ser;
Ya no es la forma blanca; que lleva negro luto:
Aplica el acicate, y el generoso bruto,
Rápido como el rayo partió á todo correr.

Devora la distancia en su veoz carrera;
Llega, para un momento hablan quedado los dos,
Y doña Luz derrama su lágrima primera,
Y al despedirse oyose «¡juntó á la cruz te espera!»
Un ¡¡¡Ay de los moriscos!!! un beso y un Adiós!

XI

Pasó un día y otro día;
Pasó un año y otro año;
Pero Don Juan no venía
Y á doña Luz consumía
La fiebre del desengaño.

En su agonía clamaba
Presa de agudo dolor:
«¡Ay de mí que le adoraba
»Que sólo con él soñaba,
»Que era mi vida su amor...!»

«Sí: su amor era mi vida;
»Era mi dicha y consuelo;
»Era mi ilusión querida
»Y esa esperanza perdida
»Voy á buscarla en el cielo.»

«Poco pide mi amargura»
«En su esperanza infinita:»
«Será mi mayor ventura,»
«Que caben mi sepultura»
«Junto á *La Cruz de la ermita.*»

Tal dijo: luego espiró.
Aquella radiante Luz;
Navalmoral la lloró
Y sepultura la dió
A la sombra de *La Cruz.*

La sepultura cuidaba
Su manco y fiel escudero
Y el pobre anciano lloraba
Y una noche que rezaba
Le interrumpió un caballero.

—¿Y mi luz?

—Ya se apagó.

Aquel que los orbes rija
Al cielo se la llevó.
—¡Mi padre la asesinó!!
—¡¡Desgraciado!!!... ¡Era su hija!

Aquel corazón de acero
Estalló á golpe tan rudo;
Perdonó á Carlos I,
Se apoyó en el escudero
Estático, loco, mudo...

Y luego se arrodillaron
Ante aquella cruz bendita:
Los dos por su alma rezaron
Y tristemente lloraron
Junto á *La Cruz de la ermita.*

JOSE ALVAREZ SIERRA.

LA CUERDA DE CÁÑAMO

Novela original

(Continuación.)

ciñó con sus brazos el cuello del anciano, apoyand o en su hombro derecho la cabeza.

La embargaba tanta felicidad en que no podía creer apenas; su padre la besaba en la frente como antes de aquella noche tan fatal para todos.

Largo rato permanecieron abrazados padre é hijasobre la cuna del niño, en cuya frente vinieron á caer algunas de las lágrimas que su abuelo y su madre derramaban en abundancia. Ni uno ni otro podían pronunciar palabra, embargados por la emoción que les dominaba.

Por fin Marta pudo hablar.

—¡Gracias, padre mío!—exclamó.—Por la salud de mi hijo, por la Virgen Santísima que acaba de salvarlo, le juro á usted que no soy indigna de su cariño, que soy inocente.

El Sr. Valero no supo qué contestarla y la volvió á besar.

Marta, más serena ya, quiso sincerarse de lo pasado en aquella noche: su padre la interrumpió diciendo que no era necesario; insistió la jóven, y en pocas palabras le refirió todo lo sucedido entonces hasta el momento en que ella, por efecto del golpe que se dió con la cabeza en su cofre al caer al suelo, se quedó sin sentido.

El Sr. Valero, estrechándola cada vez más contra su corazón, oyó agradablemente emocionado la sencilla, breve y sentida narración de su hija, y cuando cesó ésta de hablar dijo:

—Perdon, hija mía, perdon por mis injustas sospechas. Perdon para tu padre, que jamás debió pensar mal de tí.

—¡Pedirme usted perdon, padre mío! ¡Oh, no! ¡No ofenda usted á su hija...!

—¿Cómo hacerte olvidar, pobre Marta, lo que te he hecho sufrir injustamente?

—Queriendo mucho á mi hijo. ¿No es verdad, padre, que es muy hermoso? ¡Pobrecito de mi alma! Ya somos dos á quererte.

—No, tres, hija mía. ¿Qué, acaso yo no soy nadie?—dijo Ramona entrando en el cuarto.

Marta y su padre se arrodillaron junto á la cuna para besar en la frente al niño, que se había quedado profundamente dormido con un sueño

tranquilo y reparador, que era la mejor prueba de que había ya desaparecido todo peligro.

Desde aquel día el Sr. Valero se pasaba las horas enteras con su nieto en los brazos, y Marta, rebotando alegría, daba infinitas gracias á Dios que se había compadecido de ella. Su padre procuró por cuantos medios pudo, que todo el pueblo supiese la concordia que entre su hija y él había.

II

Bulliciosa y comunicativa es la alegría como muchacha pizpireta, bonita, bien compuesta y festejada que anhela siempre lucir sus galas y encantos y dar ocasion á requiebros y alabanzas. Es, por el contrario, la tristeza como mujer fea, desaliñada y pobre, que teme la luz del sol y evita las miradas de los hombres, porque aquélla hará desagradable su vista y éstas han de ser indiferentes, desdeñosas ó compasivas, y nada mortifica tanto el amor propio como la compasion desdeñosa del indiferente. La alegría en el alma es como el calor en los cuerpos: dilata, produce expansion; la tristeza, como el frio, contrae. El que experimenta una gran satisfaccion, siente imperiosa necesidad de hacer pública ostentacion de su dicha y hasta cree inconscientemente en el deber que tienen los demás de tomar una gran parte en ella. Hasta esas frases que se dicen al afortunado, en las que siempre ha algun dejo de amargura y se nota el retintin de la envidia, de «¡qué suerte tienes!» «eres el niño de la buena dicha!» «¡en qué pondrás tú la mano que te salga mal!» «¡suerte es lo que ha que pedir á Dios en este mundo!» hasta esas frases suenan en los oídos del dichoso como música armoniosa, porque... ¡es tan grato el ser envidiado!

El infeliz á quien abruma la desgracia, la oculta cuanto puede, tiene un convencimiento instintivo de que á los hombres, sintiendo demasiado la pesadumbre de las propias penas, no les quedan fuerzas ni ganas para entristecerse con las del prójimo. Hasta las exclamaciones compasivas, más aparatosas que sentidas, de «¡pobrecito!» «¡lástima me dá!» «¡si cuando la desgracia se ceba en uno...!» irritan las heridas del alma, en vez de aplacar sus dolores, porque... ¡es tan desagradable ser compadecido!

Al Sr. Valero, en su inmenso regocijo, tanto mayor cuanto más tiempo hacia que no experimentaba ninguno, le faltó tiempo para gozarse en contar á otro el motivo de su justa y legítima alegría; pero tuvo acierto en la eleccion de persona, y fué á comunicar el convencimiento que tenia de la inocencia de su hijo á mosen Juan, verdadero amigo suyo y que con extremo queria á Marta, á quien llamaba la pobre mártir, porque en el confesionario habia tenido ocasion de apreciar toda la desgracia de la jóven y de sondear su bondadoso corazón.

Cuando el Sr. Valero entró en su cuarto, no estaba sólo mosen Juan. Sentado en un antiguo y sencillo sillón de cuero, echado de brazos sobre una gran mesa de roble, de torneados piés y travesaños de hierro, que le servía de mesa de escritorio para asentar las partidas de bautismo, casamiento y defunción en los libros parroquiales amontonados en un extremo de ella, el anciano sacerdote hacia, con voz pausada, reflexiones á Jusepet que le escuchaba con atención, aunque, distraído aparentemente, tenia fija la vista en el colosal tintero de metal que, erizado de plumas de ave, habia en el centro de la mesa.

No era ya el buen mozo de otro tiempo; pálido y demacrado, con algunas canas en sus negros cabellos, habia sombras de tristeza en su varonil semblante.

—¿Estorbo, mosen Juan?—preguntó el señor Valero desde el dintel de la puerta.

—No, hombre, no. Pasa adelante—le contestó el buen sacerdote.

—Creí que hablaban ustedes de cosas reservadas. Y lo que es por mí...—añadió el padre de Marta.

—Entra sin cuidado y no seas posma. Jusepet y yo hemos hablado ya cuanto teníamos que decirnos.

—Buenos días, Jusepet—dijo al entrar el anciano.

—Buenos los tenga, señor Valero—le contestó Jusepet.

Desde la mañana en que ambos se encontraron al pie de la ventana de Marta, era la primera vez que se veían de cerca y se dirigían la palabra aquellos dos hombres. Nada tiene, por lo tanto, de extraño, que, al saludarse ahora uno y otro, estuvieran visiblemente emocionados.

Al pronto le contrarió al Sr. Valero el ver allí á Jusepet; pero luego que reflexionó un poco se alegró. Era á Jusepet al único ser viviente á quien de una manera terminante habia dado á

entender el anciano su creencia en la culpabilidad de Marta; acusarse de la ligereza de sus juicios acerca de su hija, y sincerarlas de las sospechas que tal vez, y sin tal vez, fueron causas de desprecio por parte de Jusepet, respecto á su novia, iba á ser una penitencia para el señor Valero y una reparación para la pobre mártir, como llamaba á la joven mosén Juan.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE.

LA CONFERENCIA DEL MERIDIANO.

Ha llegado á nuestras manos un ejemplar del protocolo del Congreso Internacional reunido recientemente en Washington para la elección de un meridiano común ó universal, origen de longitudes geográficas y de una cuenta de tiempo cosmopolita. Siete son las resoluciones adoptadas, dos de ellas solamente por unanimidad y las otras por mayoría de votos. Como dichas resoluciones son ya conocidas de nuestros lectores, por haberlas ido publicando la prensa de los Estados Unidos, á medida que iban siendo adoptadas, tócanos á nosotros ahora dar cuenta de la actitud de los delegados españoles y de la parte que en la discusión han tomado. La delegación de España se componía del ilustradísimo Sr. Valera, nuestro Ministro en Washington, del Agregado Naval Sr. Ruiz del Arbol, antiguo alumno del Instituto y del Observatorio de Marina de San Fernando y de otro Oficial de Marina, el Sr. Pastorín, que tenía hecho estudio especial del asunto.

Según nuestras noticias, el Gobierno español había dado instrucciones á sus delegados al efecto de sostener los acuerdos de la Conferencia de Roma. La Conferencia de Roma es la reunión que la Asociación Geodésica Internacional celebró reglamentariamente en dicha capital hace un año, y en la que con más ó menos oportunidad y con mayor ó menor acierto se ocupó del asunto para que el Gobierno de los Estados Unidos había convocado el Congreso especial que se reunió en Washington el primero de Octubre último. Los acuerdos de dicha Conferencia se reducen en sustancia á recomendar la adopción del meridiano de Greenwich, que las longitudes se contasen de 0 (cero) á 360° y que el día universal ó cosmopolita comenzase á las doce del día de dicho meridiano. Hay que observar que Inglaterra no formaba parte de la Asociación Geodésica y que sólo envió representantes á la Conferencia de Roma cuando supo que se iba á tratar de la elección de meridiano común y aun que esta elección iba á recaer en el de Greenwich.

Los acuerdos de la Conferencia de Roma han sido reformados por el Congreso de Washington en sentido todavía más exclusivo, pues al fin y al cabo en Roma se recomendó la manera lógica, racional y conveniente de contar las longitudes de cero á 360°, lo cual supone un cambio ó corrección que tendrían que hacer en casi la mitad de sus mapas y cartas los pueblos que usan el meridiano de Greenwich; mientras que en Washington se recomienda que las longitudes sigan contándose como hasta ahora, lo cual supone nada de sacrificios, nada de molestias para los ingleses y todo el cambio y las dificultades para los pueblos que no usan aquel meridiano.

Nuestros delegados, en vista de esto, no se consideraron en el caso de continuar defendiendo los acuerdos de la Asociación Geodésica en aquello con que ellos no estaban conformes, y ejercitando su propio criterio, á la vez que implícitamente protestaban del sesgo que habían tomado las cosas, prepararon dos proposiciones, que se encargaron de defender respectivamente los señores Ruiz del Arbol y Pastorín.

A continuación insertamos el discurso pronunciado en inglés por el Sr. Ruiz del Arbol en defensa de su proposición, á la cual siguió la del Sr. Pastorín, que no siendo radical como la de su compañero, ofrecía una solución muy aceptable y, á nuestro sentir, preferible á la adoptada. Como se verá, el Sr. Ruiz del

Arbol considera de poca importancia el meridiano para las longitudes; pero no habiendo ninguna razón para que sea el mismo el meridiano á que haya de referirse el tiempo universal, creyendo que este es de más importancia, y no conceptuando que deba designarse el de Greenwich para tal uso, proponía que el Congreso se abstuviese, dejándolo para mejor ocasión, de designar meridiano alguno para contar dicho tiempo universal, y se fundaba en las razones que en su discurso explana.

La proposición del Sr. Ruiz del Arbol, decía:

«Habiendo aceptado el meridiano de Greenwich para las longitudes por motivos de conveniencia práctica; pero considerando que la introducción de una cuenta de tiempo universal es de mucha mayor importancia y expuesta á dificultades y confusión en lo futuro, presentamos la siguiente proposición:

»Resuelto: Que el Congreso, teniendo en cuenta que existe ya un meridiano tácitamente aceptado por casi todas las naciones civilizadas como origen de fechas en el mundo, el antimeridiano de Roma, se abstiene de designar ningún otro para el cómputo del tiempo universal.»

En apoyo de esta proposición pronunció el Sr. Ruiz del Arbol el siguiente discurso:

Dice así:

«Se trata de introducir una cuenta de tiempo absoluto, universal ó cosmopolita, de la que se espera que, en un futuro más ó menos lejano, sea generalmente usada, no solamente en materias científicas, sino en cuantos actos ordinarios de la vida haya posibilidad de emplearla, y se trata de designar un meridiano en el que comience dicha cuenta cosmopolita. Lo que yo tengo que decir, es que esa especie de cuenta de tiempo absoluto existe ya, aunque no hagamos uso de ella, y existe ese meridiano universal, tácitamente elegido por casi todas las naciones civilizadas; esto es, por todos los pueblos que han aceptado el calendario Juliano, sin ó con la corrección Gregoriana. En este concepto, todo lo que sea variar en cualquier medida el sistema actual, no es sino una reforma cronológica, que no sé si estará bien en nosotros hacer ó recomendar, y que dudo sea recibida con unánime ni con voluntaria aprobación.»

En efecto, señores, todas las naciones que han aceptado las cuentas de tiempo Juliana y Gregoriana han aceptado necesariamente sus consecuencias, y estas consecuencias son que, como Roma nos dijo en época de César y en época de Gregorio XII que habíamos de computar nuestros días bajo tales y cuales fechas, como alguna parte del mundo había de contar antes que todas las demás una fecha cualquiera, y como Roma admitía que los países situados á su Oriente contasen esa fecha antes que ella, y los países situados al Occidente después que ella, es evidente que ambas cuentas habían de encontrarse en algún sitio, en algún meridiano, y éste era, y no podía ser otro, el antimeridiano de Roma. Hasta la naturaleza misma parece haber consagrado esto, pues el antimeridiano de Roma no pasa por ningún continente, y probablemente por ninguna tierra tampoco.

Supongamos, para aclarar el asunto, que se conviene en abandonar la cuenta Gregoriana en un día y hora dados y emprender otra más ó menos diferente; que se conviene en abandonarla en toda la tierra cuando sean en Greenwich las doce del día del 1° de Enero de 1885, y supongamos que para fines históricos ó científicos nos interesa saber exactamente cuánto tiempo ha estado en uso en el mundo la era Gregoriana. ¿No es posible saber esto? Muy fácilmente. Haciendo uso de esa cuenta de tiempo universal que se trata de establecer, pero refiriéndola lógica é ineludiblemente al origen de esa cuenta cosmopolita que realmente existe, esto es, al antimeridiano de Roma, hallaremos que se han contado por la cuenta Gregoriana 1885 años y un día, más la diferencia de longitud entre los antimeridianos de Greenwich y Roma. Nada hay más cierto ni

hay otro modo de resolver el problema. Como he indicado antes, al hacerse la reforma Gregoriana se contó en Roma el día 15 de Octubre de 1582 en el momento en que, según la cuenta antigua, debería haberse contado el 5 de Octubre; pero los países situados al Este de Roma habían empezado antes á contar dicha fecha (antes, digo, en tiempo absoluto), y los países situados al Oeste fueron continua y sucesivamente contándola después. Ahora bien; como el Este de un punto ó meridiano no se compone de más ni de menos que de un hemisferio y el Oeste de otro hemisferio, claro es que en el antimeridiano de Roma se confunden los dos meridianos, que cuenta constantemente un día de diferencia en sus fechas, y que el antimeridiano de Roma, siendo el primero que contó en el mundo las fechas Julianas y las fechas Gregorianas, es el primer meridiano del mundo, el meridiano por el cual estamos contando y debemos contar el tiempo universal hasta que otra cosa se establezca.

Si hoyuviésemos que resolver una cuestión cualquiera dependiente de las fechas allá en la región donde hay alguna confusión en éstas, tendríamos que hacerlo bajo este criterio. Si quisiésemos obligar á todo el mundo á llevar una cuenta regular y lógica de fechas, lo haríamos, tendríamos que hacerlo, obligando á todos los pueblos al Oeste del antimeridiano de Roma, á ir contando sin interrupción sus fechas después que dicho antimeridiano haya empezado á contarlas y prohibiendo á los pueblos al Este de él que ninguno de ellos cuente ninguna fecha hasta que el antimeridiano de Roma la haya contado.

Por esto os digo que la designación expresa, para la cuenta de tiempo universal, del meridiano de Greenwich ó cualquiera otro que no sea el antimeridiano de Roma, envuelve una reforma cronológica, porque traerá consigo el abandono del sistema á que hoy debemos atenernos, del sistema que por general consentimiento estamos realmente usando.

Esta reforma será de cerca de trece horas, esto es, doce horas más la diferencia de longitud entre Roma y Greenwich si se designa el meridiano de Greenwich como nuevo origen de fecha universal; pero no me atrevo á creer que os fijéis decididamente en esta elección cuyas curiosas y desacostumbradas consecuencias os pondré de manifiesto con un ejemplo.

Esta mesa tiene, á poco más ó menos, extensión bastante para que pueda ser observada y apreciada la diferencia de longitud geográfica de sus extremos. Supongamos que estas sesiones se tienen en Greenwich; que la mesa se halla colocada de Este á Oeste de modo que el meridiano la divida por la mitad, que convenimos en contar el nuevo tiempo universal por este meridiano, esto es, por el de Greenwich, y que al firmar el protocolo queremos dar ejemplo al mundo empleando la fecha universal, la fecha civil actual y la *fecha civil futura* la que con el uso cotidiano de la universal concluirán ó pueden concluir los pueblos por aceptar exclusivamente para los actos ordinarios de la vida. Pues bien, señores; nosotros mismos habríamos desacreditado nuestra elección. No podríamos firmar bajo esas tres fechas. Por lo que á la última se refiere, veríamos que media mesa y medio Congreso estaban bajo una fecha y la otra mitad bajo otra fecha distinta; hasta nuestro Presidente si se hallara sentado en el centro, habría estado dirigiendo nuestras sesiones con el lado derecho en un día y el izquierdo en el día inmediato.

Podrís decirme que esto sucederá siempre, sea cualquiera el meridiano elegido; pero dejemos que suceda allá en la mar ó bien en alguna aislada y deshabitada tierra á donde no llegan Congresos ni casi ningún rasgo de la civilización.

Volviendo á lo de la reforma que vais á hacer, diré que si en vez del meridiano de Greenwich designáis el antimeridiano para la cuenta del tiempo universal y origen de fechas cosmopolitas por el pronto, pero en lo futuro origen también de fechas locales, la reforma no

será más que de cerca de una hora, pero siempre es reforma. En resumen, que ahora es el antimeridiano de Roma el que da la fecha (*strikes the Dates*) en el mundo y vosotros queréis establecer que sea el meridiano de Greenwich ó el antimeridiano el que la dé en adelante.

Por lo tanto yo os digo: si queréis una hora común para usos postales y comerciales, no designéis meridiano alguno, dejad que las Compañías de ferro carriles y telégrafos, los directores de comunicaciones, dejad que los Gobiernos se pongan de acuerdo y establezcan una hora artificial, por decirlo así, ya sea la hora de Roma ó la de Londres, ó la de París ó la misma de Greenwich; pero no anticipéis con una declaración, que será algo solemne partiendo de este Congreso, una reforma insignificante al parecer, pero en realidad de mucha importancia y trascendencia, pues dando preferencias á determinadas localidades contra lo que es científico, contra lo que es histórico y contra lo que es lógico, dificultáis el día de mañana la adopción de esa misma reforma, con más conocimiento y con más necesidad emprendida.

Ya veis que no os hablo en favor de ningún meridiano especial, ni aun en favor del de Roma, puesto que admito que la reforma puede ser necesaria. Ya veis, ó yo os aseguro que no tengo en mientes la más remota idea de que el meridiano origen del tiempo universal lleve el nombre de ningún observatorio ó lugar de España, de la nación que descubrió el Nuevo Mundo, en que este Congreso tiene sus sesiones, de la nación, de la que se puede decir que descubrió esos mismos meridianos de que estamos tratando, puesto que los meridianos terrestres eran líneas indefinidas, desconocidas, no tenían forma alguna, hasta que Sebastián Elcano se la dió; por lo tanto, espero que si no horráis mi proposición aceptándola, por lo menos haréis justicia á mis intenciones.

Deberíamos haber dicho antes, que la discusión versaba entonces sobre la elección de meridiano para la cuenta del tiempo universal, habiendo propuesto el delegado de los Estados Unidos, M. Rutherford, que el día universal coincidiese con el día civil de Greenwich, separándose también en esto de los acuerdos de Roma.

La proposición del Sr. Ruiz del Arbol, combatida por M. Adams, Comander Sampson y General Strachey, fué desechada, é igual suerte cupo á la del Sr. Pastorin, quien acto continuo presentó y defendió la suya. El Sr. Pastorin proponía que el día cósmico comenzase en un meridiano próximo al en que dan principio las fechas en el mundo, por ejemplo, en el antimeridiano Greenwich ó el del Havre. Esto ya no era afirmar un principio desconocido en la Conferencia, que fué lo que se propuso el Sr. Ruiz del Arbol; era más aceptable para la mayoría, que quería hacer la designación de un meridiano origen del tiempo cosmopolita, y desde luego era solución más natural y conveniente que la propuesta por el Sr. Rutherford, pero la de éste prevaleció; como observamos que prevaleció todo lo que este delegado y los ingleses, á excepción de M. Samford Fleming, que en algunos puntos difería de sus compañeros, habían proyectado de antemano. Victoria, pues, en toda la línea para ellos; pero mucho tememos que victoria tan completa, por lo mismo de serlo, no produzca resultado ninguno, y que los ingleses y americanos sigan usando el meridiano de Greenwich y las demás naciones el que les acomode. Por de pronto, no creemos que España abandone sus meridianos de Madrid y de San Fernando, cuando el Congreso de Washington no ha sabido recabar la aceptación de Francia, que en estas cuestiones representa medio mundo y para nosotros es el país con que la carta de España está ligada por el Norte y por el Sur, y con cuyo pueblo tenemos más relaciones sociales y científicas que con ningún otro.

Para concluir, haremos una advertencia. Tanto en la Conferencia de Roma como en la de Washington, se ha ensalzado el Observatorio de Greenwich como el mejor ó uno de los mejores situados del mundo. No podemos admitir esto.

Entiéndase que nuestros delegados han aceptado el meridiano de Greenwich para las longitudes, por la razón del crecido número de navegantes que hacen sus cálculos y usan sus cartas referidas á dicho meridiano; pero que el Observatorio de Greenwich esté bien situado, se halla muy lejos de la verdad. Todo lo contrario. El Observatorio de Greenwich tiene tres gravísimos inconvenientes que lo inhabilitan para ser el primer Observatorio del mundo: el clima, su situación extrema con respecto á Europa y su aislamiento de ésta por el molesto canal de la Mancha. A aquellos de nuestros lectores que estén familiarizados con las dificultades de las observaciones astronómicas y con las exigencias de mediciones tan delicadas como son las de las longitudes geográficas, etcétera, no necesitaremos decirles hasta qué punto esos inconvenientes son nocivos, y el entrar nosotros ahora en explicaciones sobre esto llevaría este trabajo muy fuera de los límites que creemos oportuno darle.

Pero conste, por lo que valga, que á pesar de lo que han dicho muy sabios geodestas y eminentes astrónomos, lo que hay en Greenwich es un Observatorio muy malo y muy mal situado, con buenos instrumentos y muy buenos observadores. Pero los instrumentos y los observadores pueden trasladarse á cualquier parte, mientras que el Observatorio no puede cambiar de lugar; así es que el de Greenwich no debe considerarse nunca, por lo que á su situación se refiere, como un Observatorio de primer orden.

En uno de nuestros próximos números publicaremos el discurso del Sr. Pastorin.

EL ANALISIS ESPECTRAL DEL SISTEMA PLANETARIO

Es la Astronomía una de las ciencias cuyo estudio data quizá de más antiguo, y al que más asiduidad se ha dedicado en todas épocas y en todo país medianamente civilizado; á pesar de esto y del notable adelanto en que desde un principio se hallaban las matemáticas, hoy su más poderoso auxiliar, el estado en que se encontraba era verdaderamente lastimoso, hasta que el gran Kepler, sin más fundamento que los resultados de la observación, llegó á deducir las leyes que llevan su nombre y que rigen el movimiento de todos los cuerpos celestes sometidos á un centro de atracción. Con este paso, nuevos y anchos horizontes abrió á la ciencia; pero faltaba mucho todavía y fué menester todo el vasto ingenio del inmortal Newton, para que desentrañando las consecuencias que implícitamente estaban contenidas en las referidas leyes, y tratando de investigar la causa por la cual los cuerpos abandonados á sí mismos caen en la superficie de la tierra, viniera en conocimiento de la *gravitación universal*, cuya síntesis es la suprema ley de atracciones entre dos cuerpos en razón directa de sus masas é inversa de la distancia que los separa, con lo que la ciencia que nos ocupa entró en una fase completamente distinta, y al empirismo que en ella dominaba, substituyó el análisis matemático, (complemento indispensable para que pudiera ser considerada como tal) creando así la base de la moderna y tan brillante Astronomía matemática.

Pero con todo, ni de un dato se disponía que pudiera indicar la naturaleza de las sustancias que constituyen los cuerpos celestes, vacío el que muy poco ó nada se confiaba en llenar, cuando he ahí que Wollastón en 1802 haciendo estudios sobre el espectro solar (descubierto por Newton), llegó á percibir en él varias rayas oscuras sumamente finas que lo dividían transversalmente. Verificando lo mismo con el de luces de distinto origen, encontró resultados análogos en lo que se refiere á la aparición de las rayitas; pero al fijar más su atención, observó que el número y situación de ellas eran distintos en cada uno. Todas estas investigaciones hacíalas á simple vista, y de aquí el que no llegara á los sorprendentes

resultados á que se llegó trece años más tarde, cuando Fraunhofer, (célebre óptico de Munich) desconociendo los trabajos que sobre el particular había hecho Wollastón, analizó el espectro auxiliándose para ello de un antejo que lo agrandaba considerablemente; de esta manera, no sólo apercibió las 4 ó 5 rayas oscuras que su predecesor había notado, sino que aparecieron en número tan grande que llegó á contar hasta 600; más adelante el Sr. Davy Brewster ha producido 2.000; modernos procedimientos aplicados á rayos de luz refractados á través de varios prismas analizadores, las hacen exceder de 3.000, y lo que es más notable todavía, muchas de las que eran consideradas como simples fueron descompuestas.

Fraunhofer no se limitó á examinar las rayas, sino que se propuso dibujar su posición en los diferentes espectros y al efecto lo consiguió después de verificar precisas medidas de las distancias que entre ellas mediaban, reconociendo así, como ya había sido indicado, que todos los producidos por distintas luces artificiales, diferían entre sí, bien por el número, colocación y coloración especial de las rayas, bien por su carencia, ó bien por la mayor ó menor continuidad de los colores.

Ya tenemos, pues, el dato de que digimos se carecía para el conocimiento de las materias que predominan en los cuerpos celestes. Partiendo de él, es como después de concienzudos estudios se ha podido decir algo positivo sobre este asunto.

Pero antes de entrar de lleno en él, consideramos necesario indicar algo sobre la manera de variar el espectro según la naturaleza de las substancias que atraviese ó emita la luz que lo produce.

La que proviene de cuerpos sólidos ó líquidos incandescentes no da rayas de ningún género; y por el contrario, cuando es originada por algún gas en ignición ó hecho luminoso á favor de una elevada temperatura, encuéntrase su espectro sembrado por multitud de rayas brillantes, y esto aunque los gases procedan de aquellos sólidos y líquidos que no habían presentado ninguna. Si en lugar de emanar directamente de cuerpo gaseoso no hace más que atravesarlo aparecen entonces, primero un cierto número de rayas brillantes características de la substancia luminosa, y segundo otras oscuras, llamadas de *absorción*, que son iguales en cantidad y posición á las brillantes obtenidas cuando el gas emitía por sí solo la luz. Esta notabilísima propiedad conocida con el nombre de *reversibilidad del espectro*, fué el primero en indicarla en 1849 Foucault y Kirchhoff en 1859 la sentó definitivamente después de repetidos experimentos.

Respecto á la luz radiada por un foco en el que se hallen diversos gases luminosos, acontece lo que después de lo anteriormente dicho es fácil presumir; á saber, que en su espectro brillan tantos sistemas de rayas, cuantos sean los cuerpos gaseosos que constituyen el foco en cuestión. Si además se interponen entre este y la abertura del *espectroscopio* uno ó varios gases, á los anteriores sistemas se agregan otros de rayas oscuras correspondientes á cada uno de los gases atravesados. Es de advertir, que en estos espectros de procedencia tan compleja, ocurre con frecuencia que algunas de las rayas de un sistema coincide con las de otro ú otros; pero la confusión que esto parece implicar, desaparece después de un detenido examen comparativo con el de cada uno de los cuerpos simples que ya de antemano se tienen dibujados.

Otra notable particularidad de que aún no hemos hecho mención, es la que ofrecen las sales de un mismo metal reducidas al estado de vapor ó gas; todas, absolutamente todas, presentan la misma raya ó rayas características de él, por ejemplo: las de potasio dan dos muy brillantes colocadas una en cada extremo del espectro que son idénticas á las que se obtienen con aquél. Para conseguir estos resultados no es necesaria gran cantidad de una sustancia, sino que basta que exista en proporciones infinitamente pequeñas, para que

su presencia sea acusada por este nuevo y fecundo medio de análisis, debido al cual hanse descubierto cuerpos como el *aesio*, *indio*, *talio* y *rubidio* de los que ningún indicio se tenía.

Por último, todo lo que hasta aquí dejamos expuesto puede reasumirse en muy pocas palabras diciendo; *que los gases, ya emitan directamente la luz ya sean atravesados por ella, la imprimen un sello particular por el que se puede reconocer la naturaleza de aquéllos.*

Hemos creído indispensables estos preliminares, para que mejor pueda juzgarse de la seguridad obtenida por el análisis espectral del sistema planetario, cuyos resultados pasamos á exponer.

Lo primero que ha revelado, ha sido la existencia de una atmósfera que al Sol rodea y de la que forman parte en estado gaseoso, *hierro*, *romo*, *magnesio*, *calcio*, *sodio*, *niquel*, *manganeso* é *hidrógeno*. Se considera probable haya además pequeñas cantidades de *cobre*, *estroncio*, *cadmio*, *zinc*, *bario* y *cobalto*. De *mercurio*, *silicio*, *plomo*, *oro* y *plata*, no se han encontrado indicios.

Durante el eclipse total de 1842, llamó extraordinariamente la atención de los astrónomos encargados de hacer su estudio, el que aparecieran circundando el disco lunar, unos á la manera de inmensos torbellinos luminosos á los que dieron el nombre de *protuberancias*. Lo imprevisto del caso y la corta duración del eclipse, les impidió hacer de ellas observaciones completas por las que pudieran llegar á conocer la naturaleza y causa de tal fenómeno; así, hubieron de resignarse á esperar al del 18 de Agosto de 1868 en el que, ya prevenidos, verificaron tan fecundos estudios, que permiten asegurar, que esas colosales llamaradas de color rosa violado, son algo análogo á las tempestades que en nuestra atmósfera se producen; pero de cuya singular violencia nada puede darnos una idea; baste saber que las protuberancias, teniendo un volumen que es centenares de veces mayor que el de la tierra, cambian de lugar y forma, con extraordinaria rapidez. Su espectro patentiza que son masas gaseosas en incandescencia, en las que entra como principal y casi exclusivo componente, el hidrógeno.

Otro de los fenómenos que se presenta durante el de los eclipses del Sol y que también ha traído hondamente preocupados á los sabios, es la corona luminosa sobre la que se destaca el negro disco de la Luna. Estaban divididas las opiniones entre si debían atribuirle á una atmósfera que al Sol rodea, ó si era la Luna quien la poseía y se hacía visible al ser iluminada por los rayos solares; tanto una hipótesis como la otra, contaban en su apoyo con multitud de observaciones de astrónomos eminentes, lo que fue causa de que la cuestión se mantuviera indecisa, hasta que las de M. Janssen en el eclipse de 1871, demostraron terminantemente, que esa á la que el llama *envolvente* ó *atmósfera coronal*, procede de una segunda atmósfera circunsolar, que se distingue perfectamente por su menor densidad y temperatura de la primera. Respecto á su luz, el espectroscopio indica que es de dos especies, á saber, una emitida por el hidrógeno incandescente, del que está compuesta en gran parte, y otra que es reflejada y que proviene de la *photosfera* y *chromosfera*.

Los estudios espectrales hechos á propósito de la Luna y planetas de nuestro sistema, si bien no pueden enseñarnos nada sobre su composición, pues sabido es que no poseen luz propia y sólo brillan por la que del Sol reflejan, en cambio nos cercioran de la carencia de atmósfera en nuestro satélite y dan preciosos datos sobre las que rodean á aquéllos.

Habíamos dicho que la luz que atraviesa un medio gaseoso ofrece en un espectro los sistemas de rayas oscuras, que son característicos de los gases que lo forman. Esto nos va á servir como de comprobación á las observaciones que aseguran la existencia de una atmósfera en los planetas Venus, Marte, Júpiter y Saturno. De los demás nada de positivo puede afirmarse, pero como esto es sólo debido á las dificultades

que su estudio presenta, no hay razón alguna para sostener que carecen de ella.

En lo que se refiere á la Luna, ya varía la cuestión; pues todos los resultados obtenidos están contestes y permiten evidenciar la ausencia de todo gas en su superficie. Al analizar su luz se encuentran las mismas rayas y con la misma intensidad relativa que en la solar, indicio seguro de que la del Sol es directamente reflejada por aquélla y su camino no encuentra más gases que los que forman la atmósfera terrestre, pues de lo contrario, las rayas de observación habrían de aumentarse ó ensancharse variando su intensidad.

M. Huggins ha llegado á la misma consecuencia por otro género de consideraciones. Valióse de una estrella de la constelación Piscis próxima á ser ocultada por el disco de la Luna, y calculó el instante preciso en que había de tocar su borde: pues bien, á no estar desprovista de atmósfera, ésta había de refractar la luz y ocasionar el que la estrella así como su espectro fueran perceptibles durante un breve espacio de tiempo más allá del calculado para la ocultación; es más, y esto fué lo que principalmente le indujo á sentar tal conclusión, el espectro, á parte de la diferencia que en sus rayas era natural presentase en el contacto y momentos antes, no debía de desaparecer repentinamente, sino de un modo paulatino, empezando por el *rojo* que es el color elemental menos refrangible, siguiéndole á continuación el anaranjado, y así sucesivamente hasta terminar con el violado por ser el que mayores desviaciones experimenta al pasar por medios de diferente densidad. Como nada de esto se verificó, de ahí el que dedujera lo que respecto al particular se había averiguado ya definitivamente por otros medios.

Veamos ahora á lo que se llega con el análisis de los planetas. Por sus especiales condiciones de luz, sólo han podido ser examinados convenientemente los cuatro que dejamos apuntados, á los que los Sres. Miller et Huggins y el Padre Sechi han dedicado largas vigilias. Los espectros son analogos al del Sol, del que sólo difieren por ser más numerosas y señaladas las rayas de absorción; con objeto de poder apreciar esto mejor, producían alternativamente el de uno de los planetas y el de la Luna, que, como hemos visto, es por completo igual al solar; operando así sacaron las siguientes deducciones: primera, al encontrar nuevas rayas de absorción era prueba evidente que el haz de luz estudiado había atravesado á más de la atmósfera terrestre, por otro medio gaseoso, el cual era lógico suponer que existiera en la superficie del planeta que investigaban; segunda, que apareciendo la mayor parte de las que corresponden al espectro solar considerablemente reforzadas, da lugar á creer que el tal medio gaseoso tiene una composición si no idéntica, por lo menos muy parecida á la del que nos rodea; tercera, que siendo las debidas al vapor de agua las que más se señalan por el anterior concepto, debe de concluirse que este elemento cuando tan á las claras se manifiesta en su atmósfera, se halla también en la superficie (otros fenómenos que en ella se perciben, merced á los poderosos aparatos de que hoy se dispone corroboran lo mismo); cuarta y última, el aumento de rayas es indicio seguro de otros componentes distintos á los de la nuestra, que no han podido ser clasificados todavía, y sólo se supone que en Júpiter y Saturno deben de ser los mismos.

Fáltanos, para llegar al término de este pequeño trabajo, decir algo que al análisis de los cometas se refiera; pero por desgracia son muy deficientes los resultados á que hasta la fecha se ha llegado. Sábese únicamente que esos en otro tiempo tan temidos paseantes del espacio, son en cuanto á su cola y cabellera inmensas agrupaciones de una materia sumamente tenue que se hace visible por la luz que del sol recibe, siendo además probable que también la posea propia. El núcleo está formado por esa misma materia mucho más condensada, pero en estado gaseoso, y su espectro conforme con los ensayos de Arago relativos á la polarización de su luz,

hace atribuirle á dos orígenes: uno que está en su masa y otro el Sol del que refleja una pequeña parte.

Y ya que del análisis espectral nos hemos ocupado, diremos por último, que este procedimiento aplicado á las estrellas y nebulosas más notables, ha dado lugar á deducciones, aunque no tan terminantes como las que acabamos de exponer, suficientes para que se pueda afirmar que las primeras son semejantes en su constitución al Sol, y las segundas masas gaseosas en estado incandescente, analogas á la que, según La Place fué origen de nuestro sistema. A pesar de la vaguedad que en lo anterior aparece, es de esperar, dado el creciente afán con que la inteligencia humana se lanza á investigar lo que más parece fuera de sus límites, dado lo indefinida que la hace su constante tendencia al progreso y dada su perfección siempre en aumento, no esté lejano el día en que, llenando este vacío, añada una prueba más á las múltiples que dadas tiene para convencernos, si nó de su omnisciencia, por lo menos de que no hay obstáculo que la arredre, ya se abisma en el insondable espacio, ya discurra por las regiones de lo infinitamente pequeño.

DANIEL SEGADO OCHOA

REVISTA DE MADRID

El mundo es viejo, sí; no es sólo su corteza material la que se resquebraja alterando completamente su estructura; su corteza social se agrieta también y amenaza sufrir cambios radicales. Las fuerzas ciegas que en las entrañas de la tierra viven y palpitan y van de un lado á otro produciendo catástrofes horribles, tienen su semejante en otras fuerzas, no más inteligentes, que agitan las entrañas de la sociedad. El mundo es viejo y la pobre Europa está gastada. Hace falta una renovación absoluta. Llenan el aire efluvios de tormenta, y parece como que se respira ese olor á tempestad que precede á los grandes cataclismos. En la sociedad como en el planeta, en el habitante como en la casa, en la tierra como en el hombre, es algo que está muy hondo y quiere salir á la superficie atropellando los obstáculos que hace siglos se le oponen. Los cimientos se cansan ya de estar debajo, y quieren ocupar el lugar de las montañas y ser como éstas acariciados por el sol, ellos que han vivido siempre en perpétua y absoluta oscuridad; las masas sin nombre se cansan ya del silencio en que viven y quieren tener personalidad; hartos de ser un número de cosas, aspiran á contarse como un número de hombres, y para ello nos amenazan con una irrupción mil veces más temible que aquellas salvajes irrupciones del siglo v, que lo destruyeron todo mezclando en informe montón de ruinas, reyes, pueblos dioses, leyes y civilizaciones.

Algo de lo que hoy sucede en esta caduca Europa, sucedía también durante aquellos tiempos en que el Imperio romano tocaba á su decadencia; en que la vieja ciudad, alcanzado el dominio de todos los pueblos, sentíase morir en los desórdenes de su vida licenciosa. Los viejos moldes se habían roto, y rodaban por el suelo; los altares estaban destruidos; las aras se desmoronaban poco á poco; los dioses no vivían ya en la grandiosidad de su Olimpo, ocultos á todas las miradas, envueltos en las nubes de incienso que les consagraban crédulos adoradores; los Emperadores se hacían dioses á sí mismos, nombraban Cónsules á sus caballos, y, como bacante desenfrenada, Roma corría de calle en calle paseando por todas partes el espectáculo de su incredulidad y su licencia. Los pocos espíritus rectos, testigos de aquel desorden, comprendían que la vida así no era posible; que la muerte se acercaba; que el mundo iba á perecer si no le salvaba uno de esos hechos que los creyentes llaman intervención visible de la Providencia, Dios en la historia, y volvían á todas partes sus ojos, registrando el cielo con la vista, aguardando el momento de la crisis, que lo mismo podía ser el fin del mundo que su regeneración.

Y el momento esperado vino. Allí, en las inmensas soledades de la Tartaria, había razas innúmeras que no podían vivir ya en el suelo ingrato en que vieron la luz por vez primera; pueblos recién nacidos, que sabían por los romanos que había una Roma, y que se sentían arrastrados á ella por ese impulso irresistible que guiaba á Genserico, á Alarico, á Atila, y cuyas causas son aún un misterio para los historiadores que no admiten los hechos sobrenaturales. Un día, esas razas llegaron á Roma; los caballos escitas abrevaron en el Tiber; el mundo antiguo se desplomó con el estrépito de una inmensa cúpula que ha perdido sus soportes. Cuando la nube de polvo se disipó, se vió que todo estaba en ruinas, que no quedaba nada de lo que antes era, y los bárbaros se

desparramaron por Europa, disputándose como feudo conquistado los pedazos de suelo en que antes imperaban como señores los Césares de Roma. Con los bárbaros vino una nueva civilización, una nueva fórmula de moral, una nueva ley, una nueva religión. Se temía que no trajeran nada, y sin embargo lo traían todo. Pero inconscientemente, como niños que se encuentran un diamante, lo recogen, y siguen su camino, cubiertos de harapos, sintiendo hambre y sed, creyéndose muy pobres, y poseyendo una fortuna inmensa. Ellos, los bárbaros, los ignorantes, los acabados de nacer, hicieron dar á la humanidad grandes pasos en el camino del progreso.

No es muy distinta de ésta la situación actual de nuestra Europa. Hoy, como entonces, se rompen los viejos moldes y se derrumban los altares. Como pájaros agoreros de tempestad, los espíritus fuertes notan la proximidad de algo terrible. Las religiones, que otro tiempo reglaban nuestra vida, no nos dan hoy la fórmula que exigen nuestras necesidades. Adviértese en todas partes la intranquilidad, la inquietud, el desasosiego. Semejante á los que viven cerca del Vesuvio, y cuando oyen ruidos sordos temen á cada momento ver el río de lava corriendo por los flancos de la montaña, así también nosotros creemos percibir rumores extraños y á cada momento tememos ver abrirse violentamente el suelo bajo nuestros pies.

Como en sus últimos tiempos las deidades antiguas, los santos y los ángeles, que antes acudían á nuestro llamamiento, parecen no escuchar que los llamamos en nuestras tribulaciones. La esperanza de un cielo eterno no es ya bastante fuerte á hacernos pasar resignados las miserias de la vida. La fe y la esperanza han huído ya de nuestro lado, y la desesperación, sentada al lado de nuestro lecho de dolor, balbucea frases horribles, incitadoras al suicidio, que es la fuga, la deserción, la cobardía. La materia gana rápidamente terreno sobre el espíritu. La bestia humana crece y se levanta dominadora aquí donde antes lo era todo la mística paloma de alas blancas como la nieve, que subía en éxtasis al cielo, buscando en él fuerzas para la lucha encarnizada de la vida. Huyendo de ver en el hombre un ángel desterrado, nos vamos acostumbrando á no mirarle sino como á un mono ensoberbecido. Y todos los extremos son viciosos.

En estos momentos de verdadera crisis que atraviesa la sociedad actual, una catástrofe parece próxima, un cataclismo semejante á aquel otro del siglo v, que de tal modo la regeneró, infundiéndola nueva sangre y nueva vida. Pero hoy el castigo, porque será un castigo, no vendrá de lejos. Aquí, viéndolo, rozándose con nosotros, ofreciéndonos á todas horas el espectáculo de su miseria, presentándonos sus hijos enflaquecidos y anémicos, sus mujeres mal envueltas en sucios harapos, dirigiéndonos miradas de odio siempre que nos tropezamos con ellos, están los vengadores, aquellos que han de traer la muerte, y con ella también la vida; porque la muerte no es la aniquilación, sino la transformación, el cambio de unos organismos en otros. Son muchos, muchos, y sin embargo, no tienen hoy por hoy la energía y la actividad de unos pocos. A ellos pueden aplicarse aquellas palabras tan hermosas del gran Shiller: —Descomponed el trueno en rumores, y servirá para dormir á los niños; fundid estos rumores en uno solo, y temblará la bóveda celeste.—Hoy no son más que rumores sin importancia; ¡ay del día en que estos rumores se condensan en un trueno!

Y estos rumores los oímos ya. Chispas son de ese volcán, ecos lejanos de ese trueno los movimientos socialistas que hace algún tiempo conmueven todos los países; las crisis obreras, en que, agitados por el hambre, los proletarios se reúnen, se comunican sus aspiraciones, hablan de sus desgracias y maldicen de los burgueses, á quienes achacan los males que sufren. Precisamente, en los actuales momentos, los obreros promueven desórdenes en París, y en Madrid se reúnen en el Prado en imponente manifestación pidiendo pan y trabajo. La cuestión social, esa terrible esfinge que como problema pavoroso, preparamos para que la resuelvan nuestros hijos, ocupa las imaginaciones y mueve todos los labios. En presencia de estos hechos no hay quien no tiemble por el momento en que tanto vapor estalle; en que tanta nube, por tanto tiempo condensada, no caiga sobre campos y ciudades devastándolo todo. Se nota el trabajo de elaboración que va formando el peligro; se comprende que está cerca el tiempo en que la sociedad va á conmoverse como se conmueve la tierra sacudida por el titán que vela en sus entrañas.

¡Trabajo incesante y tenaz! Diariamente, mientras los que son felices gozan y gastan y triunfan y se divierten, paseando lujosos trenes, luciendo riquezas sin cuento, dando fiestas y saraos que representan una fortuna, en el fondo de inmundas covachas, á donde nunca llega el sol, los desheredados de la fortuna maldicen y blasfeman. Para los demás, toda la luz; para ellos, toda la sombra. Es invierno, y sus hijos tienen frío; es mal año, y sus hijos tienen hambre. La vida en su forma más humilde, un pedazo de pan, un montón

de leña, les huye. Se quejan, y nadie escucha sus quejidos; llaman á los hombres y los hombres están sordos; acuden á Dios y Dios, tampoco los escucha.

Y allí, sentados junto á ellos, encendiendo en su pecho las pasiones, un espectro horrible, la miseria, vierte palabras de venganza en sus oídos y hace pasar imágenes de fuego por sus ojos. ¿Qué les dice en esas largas noches de invierno, mientras los hijos piden pan y los padres tiritan en el fondo, llamando en vano al sueño que también huye de ellos? Algo muy horrible y espantoso, que los desheredados contaran algún día: ese día temido en que los que hoy piden, exijan; en que los que hoy desean pan y trabajo, no quieran más que pan.

Y en ese día de las terribles justicias, de las grandes responsabilidades, en el proceso que la historia formará para investigar las causas del hecho lamentable, se verá que la culpa no es del pueblo, sino de los que, pudiendo educarle, no le educan; pudiendo darle de comer le tienen hambriento, y, poco cuidadosos de la dignidad de los necesitados, cuando estos les piden el trabajo que enaltece, les alargan ostentadamente la limosna que humilla. Y los jueces de ese proceso no podrán menos de decir, refiriéndose á los proletarios: —¡Tenían hambre y el hambre es mala consejera, porque presenta á los hombres como enemigos y enseña á dudar de Dios!

* *

En tanto que esto sucede y absorbe la atención de cuantos creen que si los hombres nacemos con cabeza es para que de cuando en cuando nos tomemos el trabajo de pensar, otros que no son de esta opinión pasan las noches divirtiéndose.

Para los acostumbrados á vivir en Madrid el espectáculo no es nuevo. Apenas se hace de noche, de alguna casa apartada empiezan á salir jóvenes cargados de guitarras, bandurrias, panderetas y violines; cuando todos están fuera, fórmanse con gravedad propia de milicianos nacionales: primero, el que hace de jefe y tan en serio toma su papel, que no le iguala un General en día de revista; siguen á éste los que harán de postulantes y ya rebuscan en su imaginación incentivos para saquear los bolsillos del prójimo inocente, porque en España estamos siempre propicios á pedir dinero, que por algo somos el país de los frailes mendicantes y la sopa de los conventos; vienen detrás los músicos, echada la capa sobre el hombro, algo atrás el sombrero, y el cigarro mal sostenido entre los dientes apretados. Formados ya, el jefe hace una señal, rompen todos la marcha, y la futura estudiantina, larva todavía, da al aire un torrente de notas y va de calle en calle y de plaza en plaza, tocando á más y mejor, interrumpiendo á veces el tránsito y haciendo que la gente se asome á los balcones para verlos.

Y así pasan las noches que preceden al Carnaval; indiferentes á los cataclismos geológicos y á los fenómenos sociales, preocupados solamente del traje que lucirán, de lo mucho que se van á divertir. Porque, afortunadamente, en este mundo hay gente para todo: aun para eso.

Sin embargo, por más que algunos mocetones pongan interés en retrasarla todo lo posible, la decadencia del Carnaval no puede ser mayor. No se ven, como en otra época, preparativos para esa fiesta de locura. Los bailes están desanimados; la gente no acude á ellos como antes acudía. Muchos van por costumbre; obedeciendo á esa resistencia á romper la tradición que en nosotros existe, á esa fuerza inmensa de la rutina, á falta de impulso para deshacerse de ella. El Carnaval se muere, está muy viejo, y prueba de ello, ese amor á los niños que se ha despertado en él. En los teatros, en las casas particulares, celebranse bailes de niños, alegres mascaradas en que todo es luz, que semejan canastillos de flores besados por el sol. Entre ellos pasa el viejo Carnaval vestido de payaso, con su andar trémulo, agitando con débil mano sus cascabeles y animando á los músicos para que toquen sin cesar un solo instante.

Es la última etapa del Carnaval que juega aquí su última carta.

* *

Siguen los teatros arrastrando la vida lánguida que, comenzada con el principio de la temporada parece ha de tener fin con la última función. Durante la última quincena se han estrenado algunas obras; pero ninguna de importancia. *El epíteto de una culpa*, en el Español, llevó al teatro la noche del estreno una porción de amigos del autor, como es costumbre en tales casos; hubo bravos, palmas, llamadas á escena, un éxito, en fin; pero al otro día no fué la gente, y á la cuarta noche, desapareció de los carteles la obra aplaudidísima que, en justicia y razón, no merecía otra cosa. Vital Aza ha hecho para la Comedia un juguete cómico en tres actos titulado *San Sebastián mártir*, en que su musa alegre y traviesa ha prodigado la gracia, sembrándole de chistes que mantienen constantemente la hilaridad del público. La obra, que tiene un segundo acto muy movido y animado, decae algo en el tercero; pero al final vuelve á levantarse, y baja el telón entre aplausos de los espec-

tadores que celebran el ingenio inagotable del autor. Pero por sus condiciones, no es ésta obra que puede caracterizar una buena campaña teatral. Apolo ha pasado la quincena entre beneficios de sus artistas y beneficios del público con gran rebaja de precios, mal sigue siempre en el comercio. Una vez más se ha venido á demostrar lo inútiles que son las subvenciones oficiales. Al arte no le da vida la voluntad de un Ministro, sino el entusiasmo del público, y á éste no se le atrae con protecciones gubernamentales, sino con obras buenas. Ese mismo teatro de Apolo no tuvo necesidad de subvención cuando estrenó *El Nudo gordiano*; esa misma compañía no pidió el favor de las altas esferas cuando en Jovellanos representó *La Tempestad*. Obras buenas y nuevas: hé aquí la verdadera subvención. La Zarzuela, entregada á *Babolín* y *Doña Juanita* y preparándose para dar por concluida su tarea. Novedades ha estrenado una comedia de Sardou, la célebre *Rabagás*, tan famosa á su aparición en París. A nuestro público no le ha gustado. Le ha parecido algo anticuada, y puede decirse que ha muerto, porque durará poco en los carteles. Sin embargo, no merece ni el desvío del público ni el desdén, que parece estudiado, con que la ha acogido la crítica. Sin ser buena, porque no lo es, es de Sardou, y una obra de Sardou nunca puede ser del todo mala. Quiere semejarse á una sátira contra los políticos, y el efecto no resulta; pero considerada como obra de entretenimiento, abunda en situaciones cómicas y tiene detalles que denuncian el talento indisputable de su autor. Antonio Zamora la ha traducido muy bien, y los actores la representan admirablemente.

Pocos libros en los escaparates. Las grandes obras anunciadas que el público aguarda con impaciencia, la última novela de Galdós, la *Sotileza* de Pereda, no acaban de salir á luz semejante en esto á mujeres hermosas que, seguras del efecto que han de producir, quieren hacerse esperar. Leopoldo Alas ha publicado su novela *La Regenta* en la que, seguramente, habrá mucho que aprender; pero aún no se ha impreso más que el primer tomo, y hay que aplazar para cuando se publique el segundo el juicio completo de la obra.

Entre los pocos libros últimamente publicados que merezcan especial mención, dos tengo sobre mi mesa. Es el primero las *Críticas* de Revilla, coleccionadas por su viuda; el segundo, una colección de artículos sobre los doce meses reunidos bajo un epígrafe común: *El año*, por su autor, D. Alfonso Pérez Gómez Nieva.

Nada he de decir de las *Críticas*, conocidas de todo el mundo. Los que decían antes de ahora que Revilla era el primero de nuestros críticos, digno sucesor de Figaro y Balart, tienen un gran argumento en esa pequeña colección de sus artículos. Leyéndoles ahora, cuando el calor de los primeros días ha pasado, se reconoce el inmenso talento de aquel hombre y el gran conocimiento del arte que poseía á la perfección. Todas sus previsiones se han realizado; no hay ni uno solo de sus juicios que sea necesario rehacer. La opinión que emitió sobre obras y autores es la exacta, la justa, la precisa. No hay uno á quien alabase ayer, que no sea alabado hoy, ni defecto adivinado por él que no haya salido ya á la superficie donde todos le pueden admirar. La lectura de las *Críticas* deja una mala impresión en el espíritu; se siente más y más la pérdida de ese talento, malogrado precisamente cuando estaba en condiciones de dar sus mejores frutos.

El año es una espiritual colección de artículos, escritos con notable desenfadado y en estilo ligero, al propio tiempo que castizo, por un joven escritor que ha merecido ya en otras ocasiones los aplausos de la crítica. Los doce meses se presentan uno tras otro cada cual con su nota característica, contándonos lo que hacen en el mundo, las esperanzas á que dan vida las ilusiones que matan; diálogos animadísimo de pájaros que pían en el alero de los tejados ó entre las ramas de los árboles; historia, de amores de las ranas, que á orillas del charco en que de cuando en cuando se sumergen, suspiran por el ratón olvidadizo, hijo de la primavera, y se cuentan unas á otras, con gran riqueza de colorido y verdad, las fiestas con que los prados y las selvas celebraron los desposorios de Mayo con la madre bendita de las flores. Hay en ese libro aromas de los campos, ruidos del bosque, zumbidos de insectos, gorgoros de aves, perfume de rosas, susurros de fuentes, frescura de arroyos, paisajes deliciosamente descritos en un estilo sencillo que no cansa, ligero las más de las veces, profundo á lo mejor, y siempre adecuado al mes en cuya consideración se emplea. Si el Sr. Pérez Gómez Nieva no tuviera ya su reputación formada, este libro encantador se la haría en muy poco tiempo. La prensa u.ánime le ha saludado con sus elogios. A la unanimidad desinteresada de ese juicio me amparo yo, para que no creáis hijos de la amistad los aplausos humildes que desde estas columnas le tributo.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO
á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

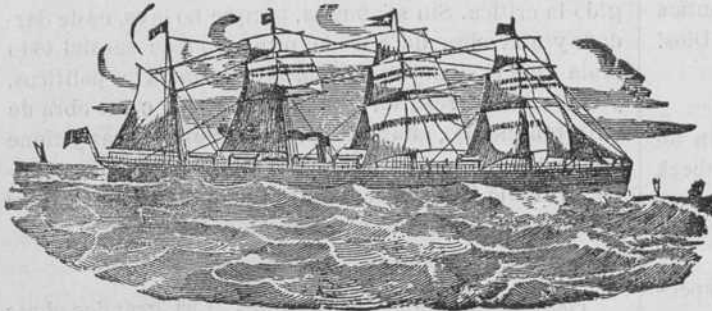
La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los trece ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el publico que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensa nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distingue

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*. Serrano, 48, principal.—Madrid.



SERVICIOS

DE LA

COMPANIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,

Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz
Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitás, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE FEBRERO

El 10, de Cádiz el vapor *Alfonso XII*.
El 20, de Santander el vapor *Habana*.
El 30, de Cádiz el vapor *Cataluña*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.
El vapor *Isla de Cebú* saldrá de Barcelona el 1.º de Marzo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.
Para más informes en
Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

SE VENDE

un pagaré de rvn. 80 444, suscrito por D. Felix Moreno Quegles, banquero almacenista de frutos coloniales establecido en la calle Mayor, núm. 23; darán razón, Mayor núms. 108, y 110 pral., de 9 á 12.

DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un solo niño muere de la dentición, pues los salva aun en la agonía, brotan fuertes dentaduras reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece á los niños y los desenanija. Una caja, 12 rs., que remite por 14 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.

LITOGRAFIA

DE

JOSÉ DOMINGUEZ

6. — Valverde. — 6.

Planos, láminas, trabajos mercantiles y artísticos. Tarjetas de visita á 12 rs. el 100.

DEBILIDAD

IMPOTENCIA Y ESTERILIDAD

Curadas con el *Afrodisiaco Marino*. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo á los matrimonios sin sucesión y á los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada á Yarto Monzón, Madrid.

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

GRAN FÁBRICA DE CORSÉS

CORAZAS Y CORSÉS FAJAS

DE

FAUSTO ALDECOA

Calle Imperial, 8.

Esquina á la de Botoneras.

Madrid.

Esta acreditada casa tiene siempre fabricado doce mil corsés en raso, satines, cuties, pieles y driles.

Especialidad en los corsés-fajas para disminuir el vientre, desde 8 pesetas en adelante.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

Rev.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folkloristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folklore de Madrid, Juegos infantiles, Folklore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 160

COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

ALHAJAS Y RELOJES

en oro y plata de ley, con verdadera garantía: precios en competencia. Taller de composturas,

Sanchez.—Carretas, 22, tienda.

Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO

DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR

DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13.

VINO Y JARABE DE QUINA Y HIERRO

de GRIMAULT y C.ª, Farmacéuticos en Paris, 8, Rue Vivienne.

Hace 25 años que el *Hierro*, elemento principal de la sangre, la *Quina Real amarilla*, tónico superior del sistema nervioso, y el *Fosfato* reconstituyente de los huesos, fueron combinados íntimamente por M. GRIMAULT con un vino de Málaga rico y generoso.

Sus cualidades tónicas y reparadoras producen excelentes resultados en la *anemia*, la *clorosis*, la *leucorrea*, las *irregularidades menstruales*, los *calambres de estómago* consecutivos á estas enfermedades, el *linfatismo* y cuantas dolencias dimanán del *empobrecimiento de la sangre*. Excitando el apetito, estimulando el organismo y reconstituyendo los huesos y la sangre, el *VINO DE QUINA Y HIERRO* de GRIMAULT y C.ª, *desarrolla con rapidez* á los niños endebles y á las jóvenes pálidas y abatidas. Este vino corta los ligeros *accesos febriles*, la *humedad de las manos* y los *sudores nocturnos*; es eficaz en las *diarreas rebeldes*, facilita las *convalecencias penosas*, y *sostiene á los ancianos*.

El *JARABE* de QUINA Y HIERRO de GRIMAULT y C.ª, que posee las mismas propiedades del *VINO*, es preferido por las señoras y por los niños que no aceptan ningún medicamento y toman este *JARABE* con placer por su delicioso gusto. — DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS.

LA REFORMA AGRICOLA

PERIODICO QUINCENAL DE INTERESES MATERIALES

El de más lectura y mayor circulación entre todos los de su género y el único que ofrece á sus abonados ventajas materiales de gran importancia.

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.